

Benito Juárez

***Documentos,
Discursos y Correspondencia***

Tomo 4, capítulo XXXV

Selección y notas de
Jorge L. Tamayo

Edición digital coordinada por
Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva

Tomo revisado y anotado por
María del Carmen Berdejo Bravo

Versión electrónica para su consulta
Aurelio López López



Año 2006

Tomo 4, capítulo XXXV

**Anotado y revisado por
María del Carmen Berdejo Bravo
(UAM Azcapotzalco)**

Capítulo XXXV

**Sacrificio de Melchor Ocampo, Santos
Degollado y Leandro Valle**

Junio de 1861

CAPÍTULO XXXV

SACRIFICIO DE MELCHOR OCAMPO, SANTOS DEGOLLADO Y LEANDRO VALLE

Junio de 1861

En medio de la grave crisis hacendaria, la virulenta oposici3n parlamentaria y las tremendas presiones extranjeras, los conservadores derrotados habían logrado crear un ambiente de zozobra y alarma.

Las gavillas, principalmente en el centro del pa3s, asaltaban las poblaciones pequeñas, robaban en los caminos y aun amenazaban ciudades de importancia; lleg3 su audacia hasta atacar los suburbios de la Ciudad de M3xico.

Ello era resultado del licenciamiento de los cuerpos militares que habían luchado durante la guerra de tres ańos, tanto porque esos ciudadanos debían volver a sus actividades civiles como porque no había dinero para sostener un numeroso ej3rcito permanente. En cambio, los reaccionarios vivían de las exacciones, del robo y aun del plagio, cobrando cuantiosos rescates.

Aprovechando la topografía de la regi3n montañosa, un importante contingente al mando directo de M3rquez se había adueńado del Monte de las Cruces, del Cerro San Andr3s, de Mil Cumbres, etc., estorbando la comunicaci3n de M3xico con el occidente del pa3s. Zuloaga, nombrado presidente de la Rep3blica por Leonardo M3rquez, había establecido su sede errante, a salto de mata, en esa regi3n.

La anarquía era pavorosa, pero el Poder Ejecutivo estaba maniatado para luchar contra ella en forma pronta y eficaz, por la oposici3n sistemática, incoherente y desorbitada de la mayoría del Congreso.

Al iniciarse junio se supo que una gavilla al mando de Lindoro Cajiga había apresado a Melchor Ocampo, en su finca Pomoca y había sido trasladado para ser entregado a Márquez.

El domingo 2 de ese mes, Juárez anota en sus *Efemérides* esta noticia, aunada con la aprehensión de Francisco Schafino, también amigo de Ocampo. Resuelve notificarlo al día siguiente al Congreso, en donde al conocer el suceso se desarrolla una violenta sesión, cuya acta se reproduce en las siguientes páginas.

Mientras tanto, relata Juárez: "Dio cuenta el señor Zaragoza de que por algunos datos que tenía de que las señoras Zuloaga¹ y Márquez² estaban mandando correspondencia y auxilio a los reaccionarios, había dado orden para su reclusión. Sólo tuvo efecto la orden respecto de la primera, pues la segunda se ocultó. En la noche, por haberse desvanecido una de las pruebas que aparecían contra la señora Zuloaga, mandé que se le pusiera en libertad. Así se verificó".³

Es de imaginarse la preocupación del gobierno y el partido liberal en general; Ocampo era una de las grandes figuras nacionales y había que intentar todos los medios para salvar su vida. Se pensó en pagar un rescate en dinero, hacer el canje de algunos presos reaccionarios como Isidro Díaz y el general Casanova. Por ello se recurrió a la señora Zuloaga y a Saligny que escribieron al seudo presidente Félix Zuloaga, proponiendo estos arreglos.

Lamentablemente las comunicaciones llegaron a manos de Zuloaga fuera de tiempo: Ocampo había sido ya fusilado.

Márquez ha sostenido que esto ocurrió cumpliendo órdenes de Zuloaga; este último afirmó que había sido por decisión de Márquez quien no le consultó, agregando que pensaba hacer el canje de Ocampo por algunos prisioneros.

Ángel Pola, en su biografía de Ocampo, relata su conversación con Zuloaga, por lo que consideramos indispensable reproducir ese relato:⁴

¹ Esposa de Félix Zuloaga.

² Madre de Leonardo Márquez.

³ Tomo 1 de esta obra.

⁴ *Liberales ilustres mexicanos de la Reforma y de la Intervención*, publicado bajo la

Todos le instaban a que saliese de Pomoca, porque corría inminente peligro. Y los serenaba: 'No habiendo hecho mal a nadie, no hallo motivo para tomar precauciones de seguridad personal.'

El 1º de junio, a medio día, se presentó en Pomoca Lindoro Cajiga a la cabeza de 100 hombres.

Dése usted preso -dijo Cajiga a Ocampo.

Pase usted a tomar la sopa y luego lo acompañaré a donde usted quiera.

Y comenzó su calvario: fue conducido a Maravatío y luego a Guacalco y Tepeji del Río, beñado por sus iscarotes.

Escuchemos de boca del general Félix María Zuloaga la triste agonía del mártir:

Descansando una mañana calurosa en Guacalco, vimos por el camino levantarse una espesa polvareda detrás de un jinete; nos pusimos en guardia; creíamos que fuera el enemigo: era el gachupín Lindoro Cajiga que traía preso a Ocampo, habiéndolo aprehendido en su hacienda de Pomoca.

- Es preciso fusilar a Ocampo; es muy liberal; es el autor del tratado McLane -me manifestó Márquez.

-No; porque no se le ha cogido con las armas en la mano. Enhorabuena que sea juzgado en consejo presidido por usted y que se le sentencie -le dije.

Llamé al general de caballería Antonio Taboada y le ordené que quedaba bajo su vigilancia el señor Ocampo, que le guardara toda clase de consideraciones y que me respondería de su vida.

Nos dirigimos a Tepeji del Río, que es una larga calle con casas a los lados y un puente a la entrada. Esparcimos las fuerzas por la

dirección de Enrique M. de los Ríos. Ed. Miguel Cabrera, México, 1890, p. 66. Existe otra versión de esta entrevista, coincidente en lo fundamental pero más amplia. Puede consultarse en *Manifiestos. El Imperio y los Imperiales*, por Leonardo Márquez, Ed. F. Vázquez, México, 1904, pp. 281 y 282.

población. A los pocos instantes, por unos soldados fue sorprendida una diligencia en la que iba León Ugalde.

- A éste sí lo fusilamos -me dijo Márquez.

- Sí; a éste sí, porque es un bandido. Llame usted al cura para que lo confiese.

Márquez se separó de la casa en que estábamos, casa del comerciante Piedad Trejo y ordenó al coronel Antonio Andrade, jefe de su estado mayor, que dijera a Taboada que por orden mía fusilara al prisionero. Leía yo, todavía sentado a la mesa, la correspondencia de Juárez que se le había recogido a Ugalde, cuando llegó Andrade y avisó a Márquez que estaba cumplida la orden: que el preso estaba fusilado.

- Pero, ¿qué preso? -preguntó con hipocresía Márquez.

- Pues... el señor Ocampo -respondió Andrade.

Me levanté indignado; mandé llamar a Taboada y ordené que Andrade y él fueran inmediatamente encausados, lo cual no se verificó por el señor Márquez y esto me confirmó en la idea de que la llamada equivocación era de acuerdo con él. No hubo tal equivocación: Márquez había combinado con ellos la manera de matar a Ocampo y aparecer él como inocente.

Acabado de cometerse el fusilamiento, llegó de México Antonio Colomo con una carta de mi esposa en la que me suplicaba encarecidamente la vida de Ocampo y otra del señor Nicanor Carrillo, que había hecho muchísimos favores a Márquez, en la cual le pedía no fuese a fusilar a don Melchor. Márquez contestó que ya no era tiempo, porque yo le había mandado pasar por las armas, lo cual es una falsedad expresada en dicha contestación, supuesto que Márquez había querido hacer pasar por equivocación la muerte de Ocampo y esto era lo, que debió haber contestado a Carrillo y no que había sido fusilado de mi orden.

Créalo usted, hubiera yo mandado fusilar, si hubiera estado a mi alcance hacerlo, a Márquez, a Taboada y a Andrade; pero las

circunstancias en que nos encontrábamos, me obligaron a desistir de la idea.

- Y ¿habló usted con Ocampo? -pregunté al general Zuloaga. Sí, muchas veces. Tenía un valor admirable; le decía yo que no tuviera cuidado y me manifestaba que sólo desconfiaba de Márquez. Tenía yo vivo interés en conservar la vida de Ocampo, porque estaban presos en México Zaldívar, Elguero y Cuevas. Pensaba yo hacer un canje con Juárez: enviárselo y que él pusiera en libertad a mis amigos presos.

- ¿Murió con firmeza Ocampo?

- Según supe, por los informes que recibí, con mucho valor, sin preocuparse; y escribió su testamento con pulso firme en papel colocado sobre sus rodillas. ¡Ah! nunca podré olvidar ese día que fue uno de los muchos tristes y penosos de mi vida.

El prisionero fue entregado a un oficial de apellido Aldama, quien recibió instrucciones de darle muerte. El mismo Pola da a conocer el diálogo del ejecutor con la víctima:⁵

Tengo orden de fusilarlo a usted en este momento, dijo Aldama a Ocampo.

- Eso, ya lo sé.

- ¿Quiere usted que le traiga un padre?

- Estoy bien con Dios. No quiero que se molesten conmigo, ni yo con ellos. En tal caso hágame usted favor de conseguirme papel y tinta para hacer mi testamento.

Luego que acabó de escribir, a la una de la tarde del día 3, fue sacado entre filas del calabozo y conducido fuera de Tepeji. Después de haber andado largo trecho, preguntó Ocampo al coronel Aldama:

- ¿Falta mucho para llegar?

- Sí.

⁵ Ríos, *Liberales ilustres de la Reforma*, p. 67.

- Creo que es inútil caminar tanto; y para el objeto este punto es bueno.
- Y la escolta se formó en cuadro.
- Señor Aldama, al que me pegue bien le da usted estos 10 pesos y al que me pegue mejor, este plaid.
- Hínquese usted.
- ¿Para qué? Estoy bien al nivel de los fusiles.

Para completar tan dolorosa información habrá que reproducir la versión del general Miguel Negrete tomada por Pola de sus memorias inéditas.⁶

¡Un día recibí una orden del señor general Márquez, para que marchara a unirme con él a Cuautitlán, donde se encontraba con una fuerza respetable que traía de la sierra. A las diez de la mañana me incorporé con mi fuerza a las del señor general Márquez y, con bastante disgusto, supe que había fusilado al señor don Melchor Ocampo y que éste había hecho un testamento, al que le faltaba una firma de un testigo, prestándome yo voluntariamente para legalizar dicho documento con mi firma, no obstante ver que todos se rehusaban a firmar. Esta ejecución se había hecho por orden del general don Félix Zuloaga, que aparecía allí con el título de presidente.

Ocampo - dice Zuloaga- era un buen hijo, un cariñoso padre, un sincero amigo, un verdadero patriota y liberal y un hereje de corazón y no como otros, por interés.

Pero la saña de Márquez no tuvo freno, ordenó que el cadáver de Ocampo fuera colgado de un árbol. Los partes médicos que se reproducen en las páginas siguientes muestran no sólo la crueldad, sino también el deseo de befar el cuerpo del sacrificado.

⁶ *Ibidem*, p. 67.

En este capítulo se reproducen los telegramas encontrados en el Archivo de Juárez por los que recibió la dolorosa confirmación de la noticia, así como la correspondencia de la señora Zuloaga y de Carrillo a que se ha hecho mención.

No cabe duda de que Ocampo fue la víctima propiciatoria de la inquina reaccionaria, por lo que con razón se pone en duda la comedia de equivocaciones que presenta Zuloaga.

A fines de junio o sea unas cuantas semanas después del asesinato, apareció un boletín impreso de los reaccionarios, en el que comentando lo ocurrido decía, en letras de molde:

Ocampo era el timbre de gloria del partido democrático, el defensor de la Reforma, uno de los hombres más puros de la Revolución.

Y respecto a la sociedad, ¿quién era don Melchor Ocampo? El autor del tratado McLane; el primer corruptor de la moral religiosa, el que causó sobre la piedad mexicana las escépticas burlas de la filosofía de Voltaire, el iniciador infatigable de los fundamentos sociales, el que imitó en sus escritos, en sus trabajos y aspiraciones la obra destructora de Rousseau, D'Alembert, Diderot y demás engendrados de la funesta Revolución francesa. Nunca olvidaremos que sobre estos monstruos pesan los dos millones de víctimas devoradas por la guillotina. . .

La justicia divina exigía el más ejemplar de los castigos; *¡paso libre a la justicia de Dios!*⁷

Es difícil conocer la verdad de lo acontecido; ni Márquez ni Zuloaga merecen crédito en sus afirmaciones. Justo Sierra, en examen objetivo y justo, ha examinado la cuestión y escribió:

El señor Ocampo no hizo aprecio de los temores de Alas: 'Nada tengo que temer, decía, no he hecho mal a nadie; he procurado

⁷ *El Siglo Diez y Nueve*, julio 12 de 1861.

servir a mi país conforme a mis ideas; es todo lo que puede exigirse a un ciudadano.' Nada más justo que este modo de ver; nada más quimérico. Jamás se ha juzgado así en la tierra; apenas uno que otro juez sereno e imparcial, como los pedía Ocampo, podía surgir para él en la posteridad y en la historia; mal podía pedir eso a los bandidos y guerrilleros desaforados que formaban las hordas de Márquez y éstos constituirían su futuro tribunal y sus futuros jueces. Su sentencia estaba pronunciada de antemano y, cuando Lindoro Cajiga lo fue a capturar a Pomoca, ya Ocampo estaba condenado a muerte. Este asesinato entraba en la lógica de la situación. Márquez se sentía reo de un delito inexpiable; sabía que el partido liberal en masa lo excluía del perdón; su castigo, su castigo capital parecía necesario como una especie de sanción de la justicia con que se había conquistado la Reforma. ¡Si en aquellos momentos cualquier individuo del grupo triunfante hubiese podido leer en lo porvenir y entrever al hombre impune pisar de nuevo el suelo de su patria, que, a depender de él, habría quedado convertido para siempre en un cementerio! Un hombre imperdonable no perdona y la triste comedia representada largos años después entre el supremo ejecutor de las altas obras de la reacción y el seudo presidente Zuloaga, echándose recíprocamente en cara la responsabilidad del asesinato, es un sarcasmo agregado al crimen. En la conciencia nacional estaba el nombre del autor estampado con sangre; los otros eran cómplices, ¿en qué grado? Esta era la cuestión única: ¿Zuloaga ayudó a hacer o dejó de hacer? De los documentos publicados, lo último parece probable.⁸

Confirmada la noticia del sacrificio de Ocampo, la ira popular se desbordó y llegó al Congreso, en una furia que se manifestaban en deseo de venganza y de represalia. Alguien tenía que ser un valladar a la justa ola de indignación, lo fue Juárez pese a que en lo personal era uno de los

⁸ Justo Sierra, *Juárez. Su obra y su tiempo*, México, UNAM, 1956, p. 278.

más dolidos por la muerte del prócer. Nada mejor que reproducir sus anotaciones en sus apuntes sueltos que hemos llamado *Efemérides*:

Día 4.- A las siete de la mañana me avisó el señor (Guillermo) Prieto que según le había dicho uno de los mozos que fueron al campo enemigo. Zuloaga y Márquez habían mandado fusilar al señor Ocampo. A la media hora volvió con una carta del mismo Márquez dirigida a un señor Carrillo en que confirmaba esta fatal noticia.

Considerando la fuerte sensación que va a producir en el pueblo esta lamentable desgracia y temiendo que se atente contra las personas de los presos políticos, di las órdenes respectivas para que se redoblen las guardias de las prisiones y encargué al señor gobernador del distrito, al señor comandante militar don Leandro Valle y al señor ministro de la Guerra, la mayor vigilancia.

A poco rato se difundió la noticia en la ciudad y se nos fueron presentando personas de todas clases pidiendo que en el acto fueran ejecutados los presos políticos y aun protestando que si el gobierno no lo hacía, ellos y el pueblo harían este deber de justicia. Hice todos los esfuerzos que estuvieron a mi alcance para disuadir a estas personas de cometer el más leve atentado, pues yo, como gobernante legítimo de la sociedad, haría todo lo posible para que los delincuentes fueran castigados conforme a las leyes, pero que jamás permitiría que se usase de las vías de hecho contra los reos que estaban bajo la protección de las leyes y de la autoridad. Que advirtieran que los que sacrificaron a mi leal amigo el señor Ocampo, eran asesinos, y que yo era el gobernante de una sociedad ilustrada. Los señores don Leandro Valle y don Aureliano Rivera presenciaron este acto.

La efervescencia aumentó con la reunión del Congreso. Éste dictó varias medidas, siendo una de ellas facultar al gobierno para (que) facilitase recursos de la manera que fuese conveniente. El señor Degollado se presentó al Congreso pidiendo le

permitiese marchar a la campaña, a lo que accedió el Congreso a reserva de que se siga el juicio a que está sujeto. Con la idea que indicó el señor Guzmán, ministro de Relaciones, de que los señores Degollado, (González) Ortega y Zaragoza salieran a campaña para que termine pronto la guerra, acordé con el señor ministro de la Guerra que los citados señores Degollado y (González) Ortega se pusieran a la cabeza de las fuerzas, lo mismo que el general (José María) Carbajal y que dicho señor Zaragoza, con su carácter de ministro de la Guerra, tomase el mando en jefe. Mandé citar al señor (González) Ortega y al señor Degollado a una junta; aceptaron la propuesta, pero se creyó conveniente por indicación del señor (González) Ortega que la mayor parte de las fuerzas fuese caballería. En consecuencia mandé que inmediatamente se proceda a la compra de los caballos y al equipo de la fuerza para que dentro de tres días o cuatro a más tardar, se den las órdenes de marcha.

A las tres y media de la tarde se me dijo que el cuerpo diplomático deseaba hablarme. Salí con el señor (León) Guzmán. El señor Pastor, ministro del Ecuador, dijo que el cuerpo diplomático suplicaba al gobierno suspendiese la ejecución de los presos políticos, pues se sabía que había dispuesto fueran ejecutados en la misma tarde; que por bien y honor del mismo gobierno hacían esta súplica, porque no querían que éste se nivelase con Zuloaga y Márquez, que eran bandidos.

Les contesté con la debida energía manifestándoles que el gobierno mexicano, comprendiendo su deber y su dignidad, jamás había pensado proceder ni permitiría que se procediese de una manera bárbara contra personas que estaban bajo el amparo y protección de la autoridad y de las leyes; que sentía mucho que se hubiera formado tan pésima idea del gobierno de la República juzgándosele capaz de una acción tan villana y degradante y que se acogiese como cierta una especie que el vulgo esparcía y que desearía que se retirase una idea tan ofensiva a la primera autoridad del país. Los ministros pidieron excusas diciendo que

no habían creído semejante especie, pero que sólo por cumplir un deber de humanidad y sin intención de ingerirse en la política del país, habían dado ese paso.

Dispuse que se traiga el cadáver del señor (Melchor) Ocampo, y repetí mis órdenes para que se evite cualquier atentado contra las personas.

Día 5, Miércoles. Indiqué al ministro de Gobernación que dirija una exposición al Congreso pidiendo conceda algún auxilio a la familia del señor Ocampo. Que se avise a la Cámara que está ya el cadáver en la ciudad para que disponga lo que estime conveniente.

En vista del acuerdo del Congreso señalé para las tres y media de la tarde de mañana el entierro del cadáver del señor Ocampo.

Aunque había yo dispuesto que se depositase en el Hospital de Terceros, se pasará al salón del ayuntamiento porque así lo ha pedido esta corporación.

[...]

Día 6, Jueves. Dispuse que se difiriese el acuerdo para que el ministro de la Guerra se ocupe inmediatamente de librar las órdenes para que salgan los señores (González) Ortega y Degollado a la persecución de los reaccionarios.

A las tres y media de la tarde fui al entierro del señor Ocampo.

Durante el discurso fúnebre recibí una carta del señor Zaragoza citando a una junta para allanar algunas dificultades que pulsaba el señor (González) Ortega para marchar.

Reunida la junta expuso el señor (González) Ortega que necesitaba que se repusieran los caballos, que se le dieran 1,200 herrajes, que viniera la caballería de Zacatecas que estaba en Toluca, porque para hacer una persecución eficaz era indispensable tener buenos caballos.

Se dispuso que el señor Degollado saliese el día siguiente con la caballería de O'Horán y con el batallón de rifleros; que el

señor (González) Ortega saldría el miércoles de la semana entrante, es decir, el día 12.⁹

La sesión del Congreso del día 4 de junio fue por demás importante; al iniciarse parecía "el cráter de un volcán próximo a hacer erupción" pero al poco tiempo se pudo examinar la situación si bien en medio de gran excitación, se puso fuera de la ley y ofreció cuantiosa recompensa a quienes "libertaran a la sociedad" de la existencia de Zuloaga, Márquez, Tomás Mejía, José María Cobos, Juan Vicario, Lindoro Cajiga y Manuel Lozada; también se puso fuera de la ley a los plagiarios.

En un acto de desesperación, olvidando la inexplicable hostilidad a Juárez, se le dio carta abierta "facultándolo para que se proporcione recursos, de cualquier manera que sea, con el fin de destruir la reacción".

El general Santos Degollado se presentó al Congreso y pidió se le permitiera ir a luchar como simple soldado para combatir la reacción. Fueron emocionantes, con momentos de dramatismo, las dos intervenciones del general Degollado y las discusiones que se produjeron. Finalmente el Congreso lo declaró apto para servir a la causa constitucional a reserva "de lo que resulte del juicio que tiene pendiente" por la ocupación de la conducta de Laguna Seca y los arreglos conciliatorios que, al margen del gobierno constitucional, quiso hacer con intervención de Mathew.

Se reproducen la crónica de la sesión, de pluma de José María de Zamacona, el acta de la misma y los decretos aprobados por el Congreso.

Ante la gravedad de la situación, el Poder Legislativo resuelve también suspender algunas de las garantías individuales, como puede verse en el decreto que se reproduce más adelante.

Con toda actividad Degollado, ese mismo 4 de junio, entrevistó a Juárez y sus ministros, según las notas de su libro de apuntes. Dos días después tuvo lugar el funeral solemne en que el gobierno y el pueblo lloró la muerte de un gran patriota y hombre bueno. En nombre del

⁹ Tomo 1 de esta obra.

Congreso pronunció la oración fúnebre el diputado Ezequiel Montes, valiosa pieza oratoria que aparece en las siguientes páginas.

González Ortega y Degollado fueron designados para tomar el mando de sendos contingentes militares; Degollado impaciente no espera hacer acopio de soldados, parque y dinero y el día 7 salió con una "pequeña brigada" rumbo a Toluca, teniendo que sostener un tiroteo con los reaccionarios al cruzar los llanos de Salazar. Ahí encuentra que la carencia de elementos es completa y los solicita a González Ortega.

Se resolvió enviar desde México un convoy con armas y municiones al mando del coronel Tomás O'Horán; saldría de Tacubaya y a una hora determinada del 15 de junio, Degollado debería esperarlo en el Monte de las Cruces para protegerlo.

Por desgracia el convoy salió demorado, un corneta equivocó el toque convenido y un encuentro que se había iniciado favorablemente, se convirtió en derrota.

Degollado con gran valor y entereza, animó a sus soldados, pero al fin fue copado y descendió solo, pie a tierra conduciendo a su cabalgadura por la brida; recibió un balazo en la cabeza y murió. Se reproducen los partes oficiales y relatos de quienes fueron testigos del trágico encuentro.

Al principio se pensó que estuviera perdido o preso en manos de los reaccionarios y hasta el 18 se confirmó su muerte, si bien sin conocerse detalles, los que se fueron sabiendo a medida que los días pasaban.

Su cadáver sangrante fue llevado a Huixquilucan y sepultado en un rincón del atrio de la iglesia parroquial, por órdenes de Gálvez que lo recogió del Monte de las Cruces.

Francisco Schiafino, que estaba preso por los reaccionarios, acompañó el cuerpo y dijo una breve oración fúnebre al ser enterrado; rescató de entre sus ropas, "humildísimas y llenas de sangre", el diario de sus apuntes que reproducimos en este volumen. A la vez rescató un anillo de oro con las armas nacionales grabadas y rematadas por el gorro frigio de la Libertad, con esta inscripción: *todo por ti*.

El 3 de julio siguiente el Congreso lo declara Benemérito de la Patria y el 9 de agosto siguiente, en homenaje oficial, Zarco pronunció una oración fúnebre exaltando la figura de Degollado que se reproduce en este capítulo.¹⁰

Decidido el gobierno a vencer al grupo reaccionario, el general Leandro Valle, tomó el mando de una nueva columna que debería salir para el Valle de Toluca. Partió el 22 de junio y fue derrotado al día siguiente en un combate contra fuerzas al mando de Leonardo Márquez, quedando prisionero.

Inmediatamente este jefe militar, con el pleno conocimiento del seudo presidente Zuloaga, ordenó su fusilamiento, el que tuvo lugar en las Maromas.

Ángel Pola, apoyándose en el dicho de testigos presenciales, ha descrito esos dramáticos acontecimientos, por lo que parece preferible reproducir su relato:

Al despedirse en Tacubaya de la señora Ignacia Martínez, su madre, como creyente y presintiendo algo funesto, le colgó al cuello un relicario.

- No, no quiero; dirán que uno creo y otro predico.

- Mira, Leandro ¡hazlo por mí!

Le dio el adiós a su prometida, la señorita Luisa Jáuregui y ordenó a su asistente: - ¡Ensíllame a San Pedro!

El tal San Pedro era un brioso caballo que lo llevó al Monte de las Cruces. Allí le tendieron una celada Márquez y Gálvez y lo cogieron prisionero, después de un. fuego sostenido de las once de la mañana a las tres de la tarde y en que luchó hasta con la bayoneta, haciendo un cuadro luego que debilitaron el flanco izquierdo de los batallones 2º de Zacatecas y de Moctezuma, en seguida un triángulo y por último un zig-zag.

¹⁰ El 5 de julio de 1862 el general Francisco Alcalde exhumó el cuerpo que. trasladado a la capital, recibió el homenaje público y popular, siendo depositado en el panteón de San Fernando. Desde fines del siglo pasado reposa en el panteón Inglés.

Rendido Valle por la turba que lo befó durante la media hora de vida que le quedaba, Márquez manifestó a Zuloaga.

- ¿Supongo que a éste sí lo fusilaremos?

- A éste sí, porque lo hemos cogido con las armas en la mano.

[...]

- La soldadesca farisaica riendo, gritando y silbando, formaba corro al ilustre prisionero de guerra que permanecía de pie y sin sombrero, más altivo y sereno que nunca, cerca del tronco de un árbol. En esto llegó a caballo el general Miguel Negrete.

- Hermano, qué ¿no me das un abrazo de despedida? -le dijo Valle.

- Sí, hermano, sí; ¿por qué no?.

[...]

Luego el capitán le hizo saber a Valle: -Va usted a ser fusilado.

- ¿Quién da la orden? -preguntó Valle.

- El general Márquez.

- Entonces no hay remedio.

Era imposible que cediese Márquez, puesto que en Tacubaya había dicho:

Estos jóvenes de talento son los que necesitamos hacer desaparecer.

La promesa iba a ser cumplida por milésima vez. Valle se descolgó el relicario que su madre le había dado y lo entregó al jefe de la escolta que iba a fusilarlo.

- Le suplico -le dijo- que entregue usted a la señora Ignacia Martínez esta leontina y este relicario que no es muy milagroso.

[...]

Y ordenó Márquez cuando los soldados estaban ya preparados para disparar:

- ¡Por las espaldas!

- Yo no soy traidor, seguí siempre una bandera.

Un ayudante dijo a Márquez: -Señor general, dice que es usted traidor.

- ¡Por las espaldas! - repitió Márquez inflexible.

Y sonó una descarga cerrada.

La orden de Márquez se cumplió: el cadáver de Valle estuvo pendiente de un árbol en las Maromas. A los pies tenía este letrero: Jefe del Comité de Salud Pública.¹¹

La postrera carta del héroe despidiéndose de sus familiares parece arrancada de páginas épicas, por su dramatismo y corte homérico.

Habiéndose rescatado su cadáver se le trasladó a la Ciudad de México en una cureña de artillería. Es doloroso y dramático que, al insistir su madre en ver el cuerpo, abierto el féretro, saltaron los brazos rígidos por efecto de haber estado abiertos, sosteniendo el cuerpo colgado en un árbol por orden de Márquez.

En representación del Congreso, el diputado Vicente Riva Palacio pronunció una vibrante y sentida oración fúnebre, que aparece en este capítulo y es justo homenaje al sacrificio de este gran liberal, valeroso soldado que cayó en la lucha, en la flor de la vida.

Fue este junio de 1861, mes doloroso para la patria y duro trance para el partido liberal.

¹¹ Márquez, *Manifiestos*, pp. 130 y 131.

DOCUMENTOS

Mes de junio de 1861

EL CONGRESO SE ENTERA QUE OCAMPO HA SIDO PLAGIADO

Sesión del día 3 de junio de 1861

Presidencia del señor Bustamante, don Gabino

Leída y aprobada el acta de la sesión anterior se dio 2ª lectura al proyecto de ley presentado por el señor Valle -don Leonardo- sobre reformas administrativas y económicas.

No fue admitido a discusión.

El señor Montes hizo proposición para que se declarase ser reos de plagio todos los que se apoderan de las personas con objeto de exigirles rescate y pidiendo se les juzgue conforme a la tramitación y penalidades que fija la ley de 6 de diciembre de 1856 y para fundar esta proposición aludió a los actos de barbarie perpetrados recientemente por los facciosos. El crimen de plagio, dijo, es conocido y castigado severamente en todas las legislaciones y puede asegurarse que en el día sólo se practica en las costas de África. El oprobio de resucitarlo estaba reservado a nuestras revueltas.

Refiere el atentado de que han sido recientemente víctimas los señores Ocampo y Schiafino. Observa (que) la pena que se fija en la proposición no es bárbara; que la ley hebrea y la romana imponen al delito de que se trata la pena capital, y las partidas fijan también para este caso una penalidad muy severa, si bien sujeta a la distinción errónea que se reconocía en aquella época entre los hidalgos y los que no lo eran. Niega que tengan carácter alguno político las bandas que cometen el crimen cuya represión se propone y concluye llamando la atención sobre la urgencia de la medida.

La Cámara dispensa los trámites de la proposición.

LA ESPOSA DE ZULOAGA LE PIDE A MÁRQUEZ
LA VIDA DE OCAMPO

Prisión del arzobispado, junio 3 de 1861

Excelentísimo señor general don Leonardo Márquez
Señor de todo mi aprecio y consideración:

Por la carta que mostrara a usted Félix, a quien le he escrito con esta fecha, verá usted que el excelentísimo señor ministro de su majestad [S. M.] el emperador de los franceses, ha interpuesto no sólo respetos personales, sino los de su mismo soberano a fin de que una persona con quien lo liga amistad como el señor Ocampo, sea puesto inmediatamente en libertad por usted.

No dudo, señor general, unir mi súplica muy eficaz a la del señor ministro de Francia, porque aunque no tenga por sí misma toda la fuerza que yo sinceramente deseara, conozco los sentimientos de usted y sé que su buen corazón le ha de dictar una acción generosa cual se necesita en la ocasión presente y que influirá no sólo en el buen nombre de usted, sino quizá también en que por un camino que hemos pensado, se puedan disminuir los horrores de una larga guerra civil y los padecimientos de multitud de familias inocentes que tendrían que sufrir lamentables pérdidas, si las cosas llegasen a otros extremos.

A la multitud de personas que se interesan por el señor Ocampo, he asegurado que nada tienen que temer y sólo ansió, por la contestación de usted, para anunciarles una feliz nueva. Nunca es mejor un hombre, señor general, que cuando hace una buena acción y usted no se arrepentirá de la que en esta vez ejecute, seguro de la gratitud de su afectísima segura servidora que besa su mano [q. b. s. m.].

María de la Gracia Palafox de Zuloaga

LEONARDO MÁRQUEZ RESPONSABILIZA
A ZULOAGA DEL ASESINATO DE OCAMPO

Tepeji del Río, junio 3 de 1861

Señor don Nicanor Carrillo
Muy apreciable amigo:

Aseguro a usted que tengo un verdadero pesar que su grata de usted fecha de ayer, que ahora contesto, haya llegado después de tiempo, porque desde las dos de la tarde de hoy terminó el señor presidente Zuloaga el negocio de que usted trata. Dicho señor, que es el que manda, así lo dispuso, dando sus órdenes al efecto, sin que yo interviniese en nada. Comprendo, como usted, que no es éste el mejor camino para alcanzar la paz; pero como dije a usted antes, no soy yo el que manda.

Si en lo sucesivo pudiese yo servir a usted de algo, tendré el mayor gusto en obsequiar sus deseos, aprovechando esta oportunidad para hablarle en nombre de la humanidad y de la patria, acerca del carácter horroroso que ha tomado la guerra que nos despedaza. Créame usted que, mientras se asesine a personas como el señor Trejo, en la Ciudadela, los jefes y oficiales del Monte de las Cruces y los demás que en estos últimos días han corrido la misma suerte y, sobre todo, mientras se atente a las familias, que es lo más sagrado del hombre, no sólo es imposible terminar la lucha, sino por el contrario, estableciéndose el espantoso sistema de las represalias, Dios sabe a dónde iremos a parar, porque esto no se ve ni entre los bárbaros.

Sin más por hoy, se repite su afectísimo amigo servidor q. b. s. m.

Leonardo Márquez

TESTAMENTO DE OCAMPO

Próximo a ser fusilado, según se me acaba de notificar, declaro que reconozco por mis hijas naturales a Josefa, Petra, Julia y Lucila y que, en consecuencia, las nombro mis herederas de mis pocos bienes.

Adopto como mi hija a Clara Campos, para que herede el quinto de mis bienes, a fin de recompensar de algún modo la singular fidelidad y distinguidos servicios de su padre.

Nombro por mis albaceas a cada uno *in sólido et in rectum*, a don José María Manzo, de Tajimaroa, a don Estanislao Martínez y al licenciado don Francisco Benítez, para que juntos arreglen mi testamentaria y cumplan esta mi voluntad.

Me despido de todos mis buenos amigos y de todos los que me han favorecido en poco o en mucho y muero creyendo que he hecho por el servicio de mi país cuanto he creído en consecuencia que era bueno.

Tepeji del Río, junio 3 de 1861.

Melchor Ocampo

Firman éste, a mi ruego, cuatro testigos y los deposito en el señor general Taboada, a quien ruego lo haga llegar a mis albaceas o a don Antonio Balbuena, de Maravatío.

En el lugar mismo de la ejecución, hacienda de Tlaltengo, como a las dos de la tarde, agrego que el testamento de doña Ana María Escobar está en un cuaderno en inglés entre la mampara de la sala y la ventana de mi recámara.

Lego mis libros al Colegio de San Nicolás, de Morelia, después de que mis señores albaceas y Sabás Iturbide tomen de ellos los que gusten.

Melchor Ocampo

J. I. García
Juan Calderón

Miguel Negrete
Alejandro Reyes

OCAMPO ES ASESINADO

Telegrama recibido de Tepeji del Río el 4 de junio de 1861, a las cuatro y treinta y cinco minutos de la tarde

Excelentísimo señor ministro de Guerra

Ayer como a las diez de la mañana se presentó intempestivamente en esta población una partida de reaccionarios a las órdenes de Zuloaga y Márquez, y en el momento de entrar la primera partida llegaba también la diligencia en la cual fue aprehendido el ciudadano León Ugalde, a quien en el acto mandaron disponer para ser fusilado, cuyo hecho se interesaron a impedir los vecinos de esta población y lograron que no tuviera efecto. Ayer mismo como a las dos de la tarde se supo la ejecución que se iba a efectuar en la persona del señor don Melchor Ocampo; volvió la población a suplicarles a Zuloaga y Márquez, les concediera lo mismo que con el señor Ugalde y no fue posible evitar no sólo que no lo fusilaran, pero ni que fuera en el lugar donde tuvo efecto, en la hacienda de Caltingo.¹²

En seguida la misma población tomó empeño en que les permitiera traer el cadáver para este pueblo y habiéndolo conseguido se ha depositado con el respeto posible y se ha dispuesto participarlo a vuestra excelencia [V. E.] para que se sirva decir si se puede o no sepultar, o lo que debe hacerse sobre este particular, en la inteligencia de que todos los vecinos de esta población están en la mejor disposición para sepultarlo lo mejor posible.

¹² A pesar de que en otros documentos se refiere a la hacienda de Tlaltengo, en éste dice claramente “Hacienda de Caltingo”.

Por haber estado oculto el empleado de esta oficina telegráfica a causa de la permanencia de las fuerzas indicadas en este punto, no había dado a V. E. este parte. Espero que V. E. se sirva comunicarme sus respetables órdenes, las que serán cumplidas.

Dios y Libertad. Tepeji del Río, junio 4 de 1861.

Félix Montero

SE PREGUNTA POR EL ENTIERRO DE OCAMPO
EN TEPEJI DEL RÍO

Telegrama recibido de Tepeji del Río, el 4 de junio de 1861, a las cuatro y quince minutos de la tarde

Excelentísimo señor ministro de la Guerra

A las dos han salido de ésta, rumbo a Tula, las fuerzas reaccionarias que entraron ayer a las diez de Zuloaga y Márquez, dejando orden el último para que se sepultase el cadáver del señor don Melchor Ocampo; lo que no se verifica hasta que V. E. ordene lo que juzgue por conveniente.

Félix Montero

LOS VECINOS DE TEPEJI DEL RÍO PAGAN LA REMISIÓN
DEL CADÁVER DE OCAMPO A MÉXICO

Telegrama recibido de Tepeji del Río, el 4 de junio de 1861, a las ocho de la noche

Excelentísimo señor presidente don Benito Juárez:

Como antes de recibir de V. E., ya había recibido uno del señor coronel don R. Cuéllar para que se remitiera el cadáver de don Melchor Ocampo, por esto ya había dispuesto la remisión y a esta hora ya está en camino.

Respecto a gastos nada es, pues los vecinos tenemos la satisfacción de pagar lo que cueste su remisión.

Soy de usted su subordinado.

Félix Montero

SE CONFIRMA
EL ASESINATO DE OCAMPO

Telegrama recibido de Cuautitlán el 4 de junio de 1861 a las [...] minutos de la mañana

Excelentísimo señor ministro de la Guerra

En Tepeji, según se dice, Márquez ha fusilado al ciudadano Melchor Ocampo; se asegura quiere llegar aquí ahora; vuestra excelencia sabe lo que hace con nosotros. Las avanzadas están muy cerca.

Subprefectura del partido de Cuautitlán, junio 4 de 1861.

M. Solana

EL CONGRESO FACULTA AL EJECUTIVO
PARA PROPORCIONARSE RECURSOS
CON EL FIN DE DESTRUIR LA REACCIÓN

El excelentísimo señor Presidente Interino Constitucional de la República, se ha servido dirigirme el decreto que sigue:

El ciudadano Benito Juárez, Presidente Interino Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, a sus habitantes, sabed:

Que el Congreso de la Unión ha tenido a bien decretar lo siguiente Artículo único.- Se faculta al gobierno para que se proporcione recursos, de cualquiera manera que sea, con el fin de destruir a la reacción.

Dado en el salón de sesiones del Congreso de la Unión, en México, a 4 de junio de 1861.

Gabino F. Bustamante
Diputado presidente

J. Napoleón Saborio
Diputado secretario

Guillermo Valle
Diputado secretario

Por tanto mando se imprima, publique, circule y observe.

Dado en el Palacio Nacional de México, a 4 de junio de 1861.

Benito Juárez

Al ciudadano José María Castaños. Ministro de Hacienda y
Crédito Público.

Y lo traslado a V. E. para su inteligencia y fines correspondientes.
Dios, Libertad y Reforma. México, etc.

(José María) Castaños

CRÓNICA DE LA SESIÓN DEL SOBERANO CONGRESO,
CELEBRADA EL 4 DE JUNIO DE 1861, EN LA CUAL
EL GENERAL DEGOLLADO SOLICITÓ Y OBTUVO PERMISO
PARA COMBATIR CONTRA LOS REACCIONARIOS

El odioso asesinato perpetrado por las hienas de la sierra en la persona del ilustre patriota don Melchor Ocampo, ha estado a punto de ser dos veces fatal para la democracia de México; primero, por privarla de una de sus más firmes columnas y luego, por haber dado lugar a arranques de justa cólera y casi de delirio, que han puesto por un momento a la revolución en peligro de estrellarse contra el escollo de la anarquía.

Antes de abrirse la sesión de ayer, el salón del Congreso era el cráter de un volcán próximo a hacer erupción; los plumeros de humo y las burbujas bituminosas brotaban por todas las grietas; no había uno solo de los grupos formados por los representantes en que no fermentase alguna idea violenta y extremada. El triunvirato, la convención, el terror y mil otros pensamientos por el estilo, se discutían como inspiraciones políticas propias de las circunstancias. Pero la sesión se abrió, el bajel levó anclas y, después de esa momentánea sacudida que parecía ponerla en peligro de zozobrar, tomó el buen rumbo, sirviéndole de timón el buen sentido, siempre dominante, siempre inalterable de la mayoría de la asamblea. Con las convulsiones de la indignación no dejó de levantarse un poco el velo que cubre todos los resortes ocultos del Cuerpo Legislativo, dejando ver, junto a un grande patriotismo y a muchos nobles impulsos, especialmente en los más jóvenes de los representantes, intrigas indignas de la situación, pretensiones tenaces, de esas que ven un estorbo en el orden constitucional y están siempre al acecho de las oportunidades para subvertirlo.

Por fortuna, la mayoría de la asamblea conservó su buen juicio, no obstante de haber quien procurase perturbarlo de propósito, exaltando

más y más la embriaguez de la cólera. Los miembros de la representación nacional comprendieron bien que, para castigar a Márquez y a Zuloaga, no era necesario entregarse a la demencia y que al excitar ex profeso la indignación de la Cámara con las iniquidades atroces de las gavillas reaccionarias, para empujarla a la dictadura y al golpe de Estado, se quería obligarla a obrar como el hombre medroso que halla en el camino un reptil despreciable y lejos de aplastarlo con el pie, da un salto de horror y cae en un precipicio.

El público que asistió a la sesión dio muestras de participar en alto grado de la indignación universal y, aunque la expresó a veces en una forma no muy conforme con la majestad de la asamblea, el reglamento, que en otros casos ha hablado con mucho menos motivo, permaneció mudo en las manos de la secretaría. No extrañamos esta indulgencia de parte de la mesa; la merecía bien el pueblo, a quien se escapan algunos rugidos de cólera al oír leer la carta en que el monstruo que ha hecho profesión del asesinato proditorio, llora las lágrimas de cocodrilo sobre sus víctimas y recomienda, en nombre de la humanidad, que se haga cesar el carácter bárbaro y salvaje de la guerra civil.

Manuel María de Zamacona

Sesión del día 4 de junio de 1861

Presidencia del señor Bustamante, don Gabino

Abierta la sesión y después de darse cuenta con algunos documentos; el señor ministro de Relaciones se presentó a manifestar que había adquirido la dolorosa certidumbre del asesinato perpetrado por don Leonardo Márquez en la persona del señor Ocampo y de las circunstancias odiosas que acompañaron al crimen, añadiendo que su autor parecía tener el propósito de declinar la responsabilidad y leyó, al efecto, una carta dirigida por Márquez a una persona de la capital que intercedió con él deseando salvar al señor Ocampo y en que dice que la

recomendación llegó tarde, que la orden para el asesinato fue expedida por don Félix Zuloaga, recomendando por conclusión y en nombre de la humanidad, que se ponga término a los bárbaros horrores de la guerra que destroza a la República.

Al concluir el ministro de Relaciones la lectura de este documento - se oye en las galerías y en los bancos de los diputados un rugido de indignación-, el ministro añade que se necesita justicia pronta y enérgica, que el gobierno tiene todos los medios, menos el pecuniario, para hacerlo y que si se le autoriza para proporcionárselo de cualquier modo, dentro de 24 horas las gavillas de la sierra estarán rodeadas por 8,000 hombres.

El presidente de la Cámara manifiesta su pesar por la catástrofe que se le participa y su confianza de que el Congreso tomará las medidas que el caso requiere.

Se da segunda lectura a la siguiente proposición:

1º- Quedan, fuera de la ley y de todas garantías en sus personas y propiedades, los culpables asesinos Zuloaga, Leonardo Márquez, Tomás Mejía, José María Cobos, Juan Vicario, Lindoro Cajiga y Manuel Lozada.

2º- El que libertase a la sociedad de estos monstruos, ejecutando un acto meritorio ante la humanidad, recibirá una recompensa de 10,000 pesos y en el caso de estar o deber estar procesado por algún delito, será indultado de la pena que conforme a las leyes se le debiere aplicar.

3º- En todos los casos en que el crimen de plagio se siguiere el de asesinato de las personas capturadas, el Ejecutivo, tan luego como averigüe el nombre de los asesinos y la certeza de los crímenes, los declarará fuera de la ley y ofrecerá por su aprehensión la suma que juzgare conveniente.

Montes

Aldaiturriaga

Montellano

Ortiz Careaga

Leandro Valle

Zalce

El señor Montes dice que, con la perturbación de espíritu propia de las circunstancias, no es extraño que las ideas que va a emitir para fundar las proposiciones que se han leído, carezcan de todo orden.

Al oír, dice, por primera vez, la noticia que acaba de participarse a la asamblea y a la que apenas puedo dar crédito, mi primera inspiración ha sido la de que exigiese una dictadura enérgica y a propósito para hacer una justicia pronta y restablecer la paz en la República; pero el consejo siempre sereno y lógico de un miembro de la Cámara, estrechamente ligado con la última víctima de la atrocidad reaccionaria, me ha disuadido de mi primitiva idea y me ha hecho limitarme a la proposición que se ha leído y que no es otra cosa que la declaración de que no hay nada de común entre los monstruos y la sociedad. Esta declaración honrará a la República a los ojos del mundo y el Congreso debe votarla por unanimidad. No negaré que a mi juicio hay en ella poca eficacia, pero, por respeto a la susceptibilidad de los estados, me he abstenido de proponer la dictadura, el triunvirato y la clausura de nuestras sesiones. Que el golpe caiga sobre los criminales y no sobre los reos indefensos que están ya bajo la acción de la ley. -Clamores en las galerías: "¡No! ¡No! ¡Justicia, justicia!"- Yo también quiero justicia; pero nosotros no somos un tribunal; obremos conforme a la filosofía y a la razón y conservemos, sobre todo, la actitud serena y reposada que conviene a la majestad de la asamblea.

El señor Cendejas: Voy a combatir, dice, la dispensa de trámites. - Los clamores de las galerías no le permiten continuar-. El orador dice, dirigiéndose a ellas: Los que no tengan la bondad de oírme, pueden ahorrarse de ello: las puertas están abiertas para salir. El proyecto que se ha presentado, continúa, pudiera tomarse como el alarido de la venganza. Yo, ligado por la amistad más tierna con el señor Ocampo, apenas puedo dominar mi dolor y, con todo, me ha parecido extraño el grado de exaltación a que se ha dejado llevar el orador que me ha precedido en el uso de la palabra. Esto me da la medida del calor que hay en la asamblea y temo un extravío en una resolución tomada bajo tales inspiraciones. El gobierno ha dicho que tiene todos los medios para hacer justicia y que le

falta sólo la autorización para conseguir prontamente dinero. Votémosla cuanto antes y si el gobierno no corresponde a nuestra esperanza, el Congreso tendrá la energía bastante para decirle: "quítate, puesto que no eres capaz de salvar la sociedad".

El señor Riva Palacio -don Vicente-, defiende el proyecto que se discute y declara que todo corazón noble debe votarlo –aplausos-.

El señor Gamboa: He llorado, dice, cuando en este recinto se ha acusado de traidor al señor Ocampo. Yo he estimado, como el que más, sus virtudes y sentido, como el que más, su muerte; pero es indigno ofrecer precio por las cabezas de sus asesinos; es indigno que la justicia tome por auxiliares a la perfidia y a la traición. El partido liberal no necesita de estos medios para ser justiciero; no necesita más que unión. Por otra parte, la declaración del proyecto debería ampliarse a todos los cabecillas reaccionarios.

El señor Tovar dice que se les persigue, no como a hombres, sino como a monstruos y no pueden aplicárseles las consideraciones que ha hecho el preopinante.

El señor Chico Sein, considerando la declaración de que se trata como una prescripción, insinúa que la discusión se aplaze y su voz es ahogada por los clamores de impaciencia de las galerías.

El señor Balandrano declara que el Congreso no debe encerrarse en el círculo de la Constitución, ni contentarse con caer, como César, majestuosamente envuelto en el manto de la ley; que se necesitan medidas extraordinarias y que su inspiración será la del orador francés: "Sálvese mi patria, aunque la posteridad me condene". -Ruidosos aplausos-.

El señor García califica de justa, pero al mismo tiempo de ineficaz, la medida que se discute; dice que, sin necesidad de ella, cualquiera que aprehenda a Márquez le aplicará la pena de que se trata; que debe buscarse un remedio más radical, prefiriendo los que estén dentro de la Constitución y votar antes que todo la autorización para conseguir recursos y resolver la cuestión presidencial.

El señor Hernández dice que no obstante estar profundamente impresionado por el doloroso suceso que motiva la discusión, lo celebra,

porque ha sacado al Congreso de su letargo; recuerda aquellas palabras: la sangre de Manero, con que los reaccionarios atizaban su ardor en la lucha contra la libertad y el orador clama a su turno; la sangre de Ocampo, para estimular al Congreso y al pueblo, a luchar sin tregua con la reacción.

No hay que esperar, dice, a que la calma vuelva a los espíritus; para hablar de este asunto nunca habrá calma y, al tratarlo después de cien años, me sentiría dominado por la misma impresión que en estos momentos. Se llama indecoroso el medio que se propone; pero es el caso que hasta ahora no ha habido quien por sólo un impulso patriótico ejecute el acto de justicia de que se trata. ¿Qué son 10,000 pesos? ¿Qué son 10,000,000 cuando se trata de salvar lo que vale millones de millones: las vidas de los ciudadanos honrados? -Aplausos estrepitosos-.

El señor Chico Sein protesta que no quiere que la libertad caiga envuelta en el manto de la ley, sino desnudarla de él y que se discutan primero las ideas que se han anunciado sobre convención y triunvirato. -Señales de impaciencia y de disgusto en las galerías-.

El señor Montellano dice que entra a la discusión ajeno de todo acaloramiento; que el proyecto que se discute no es un grito de venganza; que no se trata de la muerte de Ocampo ni del castigo de Márquez, sino de la salvación de la sociedad, eliminando todo nombre propio y toda inspiración vengativa; que al llamar inmoral el medio propuesto, no se han dicho más que frases hermosas y se ha olvidado que el cumplimiento del deber no se hace inmoral porque media el estímulo de la recompensa.

El señor ministro de Relaciones, advierte que no va a tomar parte en la discusión, sino a manifestar que los momentos son preciosos y que, como ya dijo antes, si se autoriza al gobierno para proporcionarse por cualquier medio recursos, dentro de 24 horas las gavillas reaccionarias tendrán encima un numeroso ejército. -Gritos tumultuosos en las galerías; amenazas contra los presos por responsabilidad política-.

La secretaría da lectura a una comunicación del señor don Santos Degollado, pidiendo unos momentos de audiencia. Se hace moción para que le sea concedida y la Cámara vota afirmativamente. -Las galerías prorrumpen en aplausos y vivas al señor Degollado-.

Se da lectura a una proposición para que se suspenda la discusión que ocupaba a la Cámara y se trate de la autorización que pretende el gobierno.

El señor ministro de Hacienda ocupa la tribuna para apoyar la proposición; dice que lo que pide el gobierno es una dictadura de conciencia y de honradez; que él, por su parte, no teme hacerse indigno de ella y que estaba resuelto a proporcionarse, bajo su responsabilidad y por cualquier medio, los recursos de que se trata para salvar la situación. -Aplausos-.

El señor Montes dice que el objeto de las proposiciones que había presentado y discutía la Cámara era un acto de solemne justicia y reprobación y que una vez que el gobierno protesta tener los medios de hacer justicia, retira sus proposiciones. -"No, no", claman los concurrentes a las galerías; el orador les apostrofa con severidad, haciendo entender al público la consideración que debe el pueblo a sus representantes-. El gobierno hará justicia, continúa y el partido liberal, en los momentos de peligro, obrará como un solo hombre.

Se pone a votación la autorización solicitada por el gobierno y se concede por el voto unánime de 116 diputados.

El señor Degollado se presenta en el salón. La asamblea se pone en pie, las galerías prorrumpen en aplausos prolongados y vivas estrepitosos.

Restablecido el silencio, el señor Degollado toma la palabra y dice que viene a pedir dos especies de justicia: una contra los reos del asesinato odioso que tiene desolado al partido liberal y otra con relación a sí mismo, para que se le declare reo o se le absuelva en la causa que se le instruye y para que se le permita ir, no como jefe, sino como simple soldado, a combatir a la reacción. Jura por los manes del ilustre Ocampo que jamás subirá al poder y que su deseo se limita a marchar a la guerra, no para sacar de sus casas y asesinar a los enemigos indefensos, sino para batirse cuerpo a cuerpo con los asesinos y extraña que la ciudad esté tranquila y no se deje mover por un impulso impetuoso de cólera y execración contra los monstruos que han sacrificado a uno de los más

ilustres ciudadanos de la República. Sale del salón entre los clamores del público, que pretende oponerse a ello.

Se da lectura a una proposición de los señores Suárez Navarro, Tovar y Romero Rubio, pidiendo que la representación nacional, erigiéndose en gran jurado, declarase que el ciudadano Santos Degollado nunca ha desmerecido la confianza de la nación y está expedito para prestarle sus servicios.

El señor Suárez Navarro dice que, supuesta la feliz ocurrencia de que ha tenido el señor Degollado de presentarse en esta sesión y pronunciar algunas palabras que manifiestan a la asamblea lo que es y lo que de él tiene que esperar la patria, el Congreso está en el caso de fijar de una vez si la suerte de este ilustre ciudadano será la gloria o el olvido y añade que esta declaración no preocupa el resultado de los procedimientos encomendados a la sección del gran jurado.

El señor González Urueña, como miembro de la expresada sección, siente verse en el caso de manifestar que se atropella el reglamento y la costumbre, con la declaración que se propone y se da origen acaso aún a algunas dificultades diplomáticas.

El señor Montes replica que la acusación contra el señor Degollado es conocida de todos y se refiere a dos puntos: la ocupación de la conducta y los convenios iniciados con la reacción. Que en lo primero, el gobierno mismo ha mandado pagar los fondos ocupados y, en cuanto a lo segundo, los convenios de que se trata implicaban la condición de ser aprobados por el gobierno constitucional.

El señor Lama califica de irregular la declaración que se propone, pues, ya sea que se lo considere como indulto o como fallo, presupone un juicio que no ha tenido lugar. -Los clamores de las galerías interrumpen al orador; entre los gritos se perciben las palabras de mocho y reaccionario. El señor Lama declara que no puede continuar usando de la palabra-.

El señor Gómez dice que la causa del señor Degollado sale de los términos comunes; que no se trata de un criminal, sino de una víctima de su propio patriotismo; que ha sido objeto ya de la ingratitud que suele ser el apanaje de los grandes hombres; pero que si la República ha sido para

él una madre ingrata, Morelia, su cuna, lo ha sido todavía más, como lo da a entender la circunstancia de que sólo la diputación de Michoacán se opone a la declaración propuesta.

El señor Suárez Navarro anuncia que, a ruego del mismo señor Degollado, modifica la proposición reduciéndola a que se le conceda permiso para ir a la campaña, sin perjuicio de los procedimientos del gran jurado.

El señor Riva Palacio observa la diferencia de la proposición que se presenta y hace suya la anterior.

El señor González Urueña protesta sus simpatías personales por el señor Degollado, añade que, como representante de Michoacán, ni le odia ni le teme y que, a pesar de intervenir como juez en el negocio, se atreve a externar su opinión favorable al acusado.

El señor Hernández dice que la declaración oportuna era la que contenía la proposición retirada; que los procedimientos de la autoridad militar contra el señor Degollado, tienen el vicio de la incompetencia y que hasta ahora en este negocio se ha hecho sentir la política borbónica, contenida en aquella máxima: "Divide y reinarás".

El señor Degollado vuelve al salón y manifiesta que no ha querido sorprender a la asamblea, sino sólo rehabilitarse para tomar las armas y pide que no se declare su absolución, sino que se le dé solamente el permiso que desea.

Se pone a votación el artículo después de una ligera discusión sobre el trámite; es aprobado en lo general y se pasa a discutirlo en lo particular.

El señor Hernández lo ataca como antiparlamentario y anticonstitucional y observa que el señor Degollado ha sido castigado ya con la deposición del mando y al Congreso toca reparar esa falta del Ejecutivo.

El señor Suárez Navarro hace valer la súplica del mismo interesado en el debate y que la declaración no puede ampliarse en los términos que se pretende, sin que el presidente de la Cámara la declare antes erigida en gran jurado.

El señor Zamacona se abstiene de examinar el aspecto legal de la cuestión, porque, considerándola como una inspiración de las circunstancias, debe examinarse sólo si está a la altura de ellas la solución que se discute.

Anuncia que no dirá más que unas cuantas palabras; pero que contienen una inspiración noble y oportuna, que hará mella en el ánimo de la asamblea y le inspirará una declaración más digna del Congreso, más digna del patriota cuya causa se ventila y más digna de las circunstancias.

El partido progresista -dice el orador-, ha perdido ayer una de sus glorias más ilustres y la asamblea y el público han visto en la aparición casual del señor Degollado en esta sesión, un designio del cielo, que quiere poner a nuestros ojos el reemplazo del ciudadano ilustre sacrificado ayer por los facciosos. El hueco que ha dejado la víctima no se percibe en las filas de la democracia militante; se advertirá, sí, y muy a menudo, en los consejos, en los gabinetes y en donde quiera que se haya menester un espíritu firme y un patriotismo elevado. No obedeceremos, pues a las inspiraciones del día con dar nuevo ser a la entidad militar del señor Degollado. No es una espada lo que ayer ha perdido la causa de la libertad; he aquí por qué reputo más oportuna la proposición que presentó al principio y que se reduce a pedir que, sobre la tumba de Ocampo, se obre la plena resurrección política del caudillo más constante de la democracia mexicana.

Puesto el artículo a votación, resulta aprobado por 77 votos contra 32.

Continúa discutiéndose el proyecto que pone fuera de la ley a los principales cabecillas reaccionarios, comenzando por declarar que hay lugar a votarlo por 103 votos contra 13.

Abierta la discusión especial del 1º artículo, el señor Rojo llama la atención sobre que el asesinato que motiva esta discusión, tiene los caracteres de un hecho premeditado, que se preparó y ejecutó por tres españoles, con el objeto aparente de ejercer una venganza por actos que afectan acaso a algunas personas de esa nacionalidad.

El señor Gamboa pregunta por qué la declaración no se hace extensiva a Marcelino Cobos y a otros cabecillas y el público se asocia a esta indicación, apuntando algunos nombres, entre los que se percibe el de Olavarría.

El señor Montellano objeta la dificultad de hacer la enumeración nominal que se pretende y la prevención que contiene el proyecto, sobre que el gobierno puede extender la declaración a los que se hicieren dignos de ella.

El señor Mata dice que no le es permitido tomar parte en el debate; que las balas que privaron de la vida al señor Ocampo, han herido de rebote su corazón; que, ligado con la víctima por relaciones estrechas de familia y teniendo sin cesar ante los ojos el cadáver acribillado de heridas y suspendido de un árbol, está muy lejos de la serenidad que conviene a los legisladores y pide permiso para retirarse. La Cámara se lo concede, manifestándole uno de los secretarios, por orden del presidente, que la Cámara le acompaña en su duelo.

Aprobado el 1º artículo, lo es también el 2º sin discusión, y comenzando el del 3º, el señor Cendejas pregunta a los autores del proyecto de qué manera ha de hacer el gobierno la identificación de las personas.

El señor Aldaiturriaga responde leyendo el artículo. Dice que en su texto es muy claro y que no se trata de hacer averiguaciones judiciales, sino de ceder a la autoridad pública.

El señor Cendejas no se muestra satisfecho con la explicación. Dice que, según ella, a un plagiario aprehendido en Sinaloa no podrá imponérsele la pena que culminó en la sesión anterior del Congreso, hasta no obtener la declaración del gobierno general. Llama a la recompensa ofrecida la tarifa de la proscripción y concluye calificando el artículo de insuficiente e inmoral.

El señor Hernández responde a las objeciones del preopinante. Dice que, aunque el gobierno tiene agentes ordinarios, no son los más a propósito para el objeto de que se trata y que la moralidad de éste viene de la nobleza del fin a que se dirige.

El señor Suárez Navarro explica la razón por qué votará el artículo, a pesar de haberse opuesto a la suspensión de garantías, diciendo que no puede vacilarse entre cruzar los brazos o arrollar con todo el ímpetu posible a los enemigos de la sociedad y que la inmoralidad estaría en conservar un pie en la Constitución y otro en la revolución.-El auditorio aplaude.- El orador le exhorta a no quitar al debate su carácter reposado y se levanta la sesión.

EL CONGRESO DECLARA AL CIUDADANO
SANTOS DEGOLLADO EN APTITUD DE SEGUIR PRESTANDO
SUS SERVICIOS A LA CAUSA CONSTITUCIONAL

El excelentísimo señor Presidente Interino de la República se ha servido dirigirme el decreto que sigue:

El ciudadano Benito Juárez, Presidente Interino Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, a todos sus habitantes, sabed:

Que el Congreso de la Unión ha decretado lo siguiente:

Artículo único: La representación nacional declara que el ciudadano Santos Degollado está en aptitud de seguir prestando sus servicios a la causa constitucional, a reserva de lo que resulte del juicio que tiene pendiente.

Dado en el salón de sesiones del Congreso de la Unión en México, a 4 de junio de 1861.

Gabino Fernández Bustamante
Diputado presidente

Emeterio Robles Gil
Diputado secretario

Guillermo Valle
Diputado secretario

Por tanto mando se imprima, publique, circule y se le dé el debido cumplimiento.

Palacio Nacional del Gobierno en México, a 4 de junio de 1861.

Benito Juárez

Al ciudadano Joaquín Ruiz, ministro de Justicia, Fomento e Instrucción Pública.

Y lo comunico a vuestra excelencia para su publicación y cumplimiento. Dios, Libertad y Reforma, México, etc.

(Joaquín) Ruiz

SE DECRETA FUERA DE LA LEY
A LOS CABECILLAS CONSERVADORES

Ministerio de Justicia, Fomento e Instrucción Pública

Sección 1ª

Al ciudadano Joaquín Ruiz,
ministro de Justicia e Instrucción Pública

El excelentísimo señor presidente se ha servido dirigirme el decreto que sigue:

El ciudadano Benito Juárez, Presidente Interino Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, a sus habitantes, sabed:

Que el Congreso de la Unión ha tenido a bien decretar lo siguiente:

Artículo 1º- Quedan fuera de la ley y de toda garantía en sus personas y propiedades, los execrables asesinos Félix Zuloaga, Leonardo Márquez, Tomás Mejía, José María Cobos, Juan Vicario, Lindoro Cajiga y Manuel Lozada.

Artículo 2º- El que libertare a la sociedad de cualquiera de estos monstruos, ejecutará un acto meritorio ante la humanidad, recibirá una recompensa de 10,000 pesos y, en el caso de estar procesado por algún delito, será indultado de la pena que conforme a las leyes se le debiera aplicar.

Artículo 3º- En todos los casos en que al crimen de plagio se siguiere el de asesinato de las personas capturadas, el Ejecutivo, tan luego como averigüe el nombre de los asesinos y la certeza

del crimen, los declarará fuera de la ley y ofrecerá por su aprehensión la suma que juzgare conveniente.

Dado en el Salón de Sesiones del Congreso de la Unión en México a 4 de junio de 1861.

Gabino Bustamante
Diputado presidente

Emeterio Robles Gil
Diputado secretario

Guillermo Valle
Diputado secretario

Por tanto, mande se imprima, circule y se le dé el debido cumplimiento.

Palacio de Gobierno Federal. México, junio 5 de 1861.

Benito Juárez

Y lo traslado a usted para su inteligencia y fines consiguientes.
Dios, Libertad y Reforma. México, junio 5 de 1861.

(Joaquín) Ruiz

EL CONGRESO SUSPENDE
ALGUNAS GARANTÍAS CONSTITUCIONALES
POR SEIS MESES

El Excelentísimo señor Presidente Interino de la República se ha servido dirigirme el decreto que sigue:

El ciudadano Benito Juárez, Presidente Interino Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, a todos sus habitantes, sabed:

Que el Soberano Congreso de la Unión ha tenido a bien decretar lo siguiente:

Artículo 1.- La primera parte del artículo 5º, sección 1ª, título 1º de la Constitución quedará en estos términos: "En caso de interés público nacional, todo individuo puede ser obligado a prestar trabajos personales, mediante una justa retribución".

2.- Se suspende la garantía que concede el artículo 7º del mismo título y sección. La libertad de imprenta se sujetará por ahora a la ley de 28 de diciembre de 1855 en lo que no se oponga a las Leyes de Reforma; pero respecto de escritos que directa o indirectamente afecten la independencia nacional, las instituciones, el orden público o el prestigio de los poderes, el gobierno podrá prevenir el fallo judicial, imponiendo a los autores de los escritos una multa que no pase de \$1,000, la cual se impondrá al dueño de la imprenta en caso de ignorarse quién es el autor o cuando éste no tenga con qué satisfacerla. Puede el mismo gobierno, en vez de la pena pecuniaria, imponer la de prisión o confinamiento por seis meses. Los gobernadores de los estados

podrán aplicar las mismas penas pero, en caso de confinamiento, darán cuenta al gobierno general para que designe el lugar, quedando entretanto el reo asegurado competentemente. Los diputados al Congreso de la Unión quedan sometidos, lo mismo que los demás ciudadanos, a los preceptos de este artículo.

3.- Para ejercer la garantía concedida por el artículo 9º en asuntos políticos, se necesita el permiso de la autoridad.

4.- Los gobernadores de los estados, el del distrito y jefes políticos de territorios, expedirán inmediatamente un reglamento sobre portación de armas, en que designarán cuáles son las prohibidas y el requisito con que se han de portar las permitidas, bajo el concepto de que, en ningún caso, podrá, con este pretexto, imponerse gravamen alguno pecuniario. En este sentido queda limitada la garantía que concede el artículo 10.

5.- Se suspenden las garantías de que habla la primera parte del artículo 13, la concedida en la segunda parte del artículo 18 y en la primera y segunda parte del artículo 19.

6.- La primera parte del artículo 16, se limita en estos términos: "Nadie puede ser molestado en su persona, domicilio y posesiones, sino en virtud del mandamiento de la autoridad competente".

7.- Se suspende la garantía concedida en el artículo 21 respecto de los delitos políticos. Solamente el gobierno general y, en caso de delito político, podrá imponer penas gubernativas, que no pasen de un año de reclusión, confinamiento o destierro. Estas penas sólo las aplicará en los casos en que no hubiere consignado los reos a la autoridad judicial.

8.- Desde el momento en que se empieza a obrar con las armas en la mano en el sentido de cualquiera opinión política, el delito deja de ser meramente político y entra en la esfera de común.

9.- La segunda parte del artículo 26, se limita en estos términos: "En tiempo de guerra podrán exigir los militares, bagaje, alojamiento y servicio personal en los términos que dispone la ordenanza".

10.- La suspensión de estas garantías durará el término de seis meses.

11.- Se declara que ha estado y está vigente la ley de conspiradores de 6 de diciembre de 1856.

Dado en el salón de sesiones del Congreso de la Unión, en México, a 7 de junio de 1861.

Francisco de P. Cendejas
Diputado vicepresidente

Emeterio Robles Gil
Diputado secretario

Guillermo Valle
Diputado secretario

Por tanto y, con acuerdo del Consejo de Ministros, mando se imprima, publique, circule y observe.

Dado en el Palacio Nacional de México, a 7 de junio de 1861.¹³

¹³ El texto en vigor de esos artículos es el siguiente:

Artículo 5º- Nadie puede ser obligado a prestar trabajos personales, sin la justa retribución y sin su pleno consentimiento. La ley no puede autorizar ningún contrato que tenga por objeto la pérdida o el irrevocable sacrificio de la libertad del hombre,

ya sea por causa de trabajo, de educación o de voto religioso. Tampoco puede autorizar convenios en que el hombre pacte su proscripción o destierro.

[...]

Artículo 7º- Es inviolable la libertad de escribir y publicar escritos sobre cualquiera materia. Ninguna ley ni autoridad puede establecer la previa censura, ni exigir fianza a los autores o impresores, ni coartar la libertad de imprenta, que no tiene más límites que el respeto a la vida privada, a la moral y a la paz pública. Los delitos de imprenta serán juzgados por un jurado que califique el hecho y por otro que aplique la ley y designe la pena.

[...]

Artículo 9º- A nadie se le puede coartar el derecho de asociarse o de reunirse pacíficamente con cualquier objeto lícito; pero solamente los ciudadanos de la República pueden hacerlo para tomar parte en los asuntos políticos del país. Ninguna reunión armada tiene derecho de deliberar.

[...]

Artículo 10º- Todo hombre tiene derecho de poseer y portar armas para su seguridad y legítima defensa. La ley señalará cuales son las prohibidas y la pena en que incurrir los que las portaren.

[...]

Artículo 13º- En la República Mexicana nadie puede ser juzgado por leyes privativas, ni por tribunales especiales. Ninguna persona ni corporación puede tener fueros, ni gozar emolumentos que no sean compensación de un servicio público y estén fijados por la ley. Subsiste el fuero de guerra solamente para los delitos y faltas que tengan exacta conexión con la disciplina militar. La ley fijará con toda claridad los casos de esta excepción.

[...]

Artículo 16º.- Nadie puede ser molestado en su persona, familia, domicilio, papeles y posesiones, sino en virtud de mandamiento escrito de la autoridad competente, que funde y motive la causa legal del procedimiento. En el caso de delito *infraganti*, toda persona puede aprehender al delincuente y a sus cómplices, poniéndolos sin demora a disposición de la autoridad inmediata.

[...]

Artículo 18º- Sólo habrá lugar a prisión por delito que merezca pena corporal. En cualquier tratado del proceso en que aparezca que al acusado no se le puede imponer tal pena, se pondrá en libertad bajo de fianza. En ningún caso podrá prolongarse la prisión o detención por falta de pago de honorarios o de cualquiera otra ministración de dinero.

[...]

Benito Juárez

Al ciudadano León Guzmán, ministro de Relaciones y
Gobernación.

Y lo comunico a vuestra excelencia para su inteligencia y fines
consiguientes. Dios y Libertad. México, etc.

(León) Guzmán

Artículo 19º- Ninguna detención podrá exceder del término mínimo de tres días, sin que se justifique con un auto motivado de prisión y los demás requisitos que establezca la ley. El solo lapso de este término, constituye responsables a la autoridad que la ordena o consiente y a los agentes, ministros, alcaldes o carceleros que la ejecuten. Todo maltratamiento en la aprehensión o en las prisiones, toda molestia que se infiera sin motivo legal, toda gabela o contribución en las cárceles, es un abuso que deben corregir las leyes y castigar severamente las autoridades.

[...]

Artículo 21º- La aplicación de las penas propiamente tales, es exclusiva de la autoridad judicial. La política o administrativa sólo podrá imponer, como corrección, hasta 500 pesos de multa o hasta un mes de reclusión, en los casos y modo que expresamente determine la ley.

[...]

Artículo 26º- En tiempo de paz ningún militar puede exigir alojamiento, bagaje, ni otro servicio real o personal, sin el consentimiento del propietario. En tiempo de guerra sólo podrá hacerlo en los términos que establezca la ley.

M. Bolaños Cacho, *Los derechos del hombre*, pp. 376 y ss.

CIRCULAR DE LA SECRETARÍA DE RELACIONES
SOBRE FACULTADES DE LOS GOBERNADORES,
CON MOTIVO DE LA LEY DE 7 DEL CORRIENTE
SOBRE SUSPENSIÓN DE GARANTÍAS

Excelentísimo señor:

Estando expresamente dispuesto por la ley de suspensión de garantías, que la facultad de imponer penas gubernativas sólo se ejerza por el Ejecutivo de la Unión y, como puede acontecer en muchos casos que la salud pública exija el ejercicio de esa facultad respecto de personas que existen en los estados, el excelentísimo señor presidente, para obviar las dificultades y tropiezos que a causa de las distancias y por la demora consiguiente pudieran sobrevenir, ha tenido a bien disponer que los gobernadores de los estados puedan proceder a la aprehensión de aquellas personas de quienes les conste que fomentan la reacción o maquinan de cualquier modo contra la paz y el orden público, poniéndolas bajo segura custodia y dando cuenta con los datos que contra ellas hubiere al ministerio respectivo, para que éste proceda sin demora a aplicar la pena a que haya lugar.

Lo que de orden suprema digo a vuestra excelencia para su inteligencia y fines consiguientes.

Dios y Libertad. México, junio 11 de 1861.

(León) Guzmán

ORACIÓN FÚNEBRE A MELCHOR OCAMPO,
PRONUNCIADA POR EL DIPUTADO EZEQUIEL MONTES

*¿Cui pudor, et justitiae sórora incorrupta
fides nudaque ventas quando ullum
invenient parem?*

Horacio

¿Cuándo el pudor, la fe inviolable, hermana
de la justicia y la verdad sencilla, hallarán
otra igual?

Nombrado por el Soberano Congreso de la Unión para expresar sus sentimientos en esta triste solemnidad, procuraré, señores, ser el intérprete fiel del profundo pesar que ha causado al cuerpo Legislativo, la pérdida irreparable del más prominente de sus miembros; procuraré también inculcar la necesidad que tiene la República de que sus altos funcionarios imiten las virtudes y, sobre todo, la justicia del ilustre difunto.

Comenzó a circular en esta capital desde la mañana del día 4, la fatal noticia de que Ocampo había sido vilmente asesinado por los bárbaros que, invocando el nombre sagrado de religión, han hollado los principios más santos de la naturaleza; nadie quería dar asenso a la noticia. Abierta la sesión del Soberano Congreso, se presentó el excelentísimo señor ministro de Relaciones y Gobernación a participarle el infausto acontecimiento de la desaparición eterna del inflexible, del justo, del inmortal Ocampo. Los corazones latían con violencia, los semblantes se demudan, suceden rumores de reprobación universal. Por fin, algunos colegas de la heroica víctima, piden que se ponga precio a las cabezas de los execrables asesinos y la justicia del Congreso aprueba

esta idea casi por unanimidad. ¿Qué más habría hecho un padre al saber el asesinato de su hijo? Al Congreso pues, ha causado un dolor profundo, indescriptible, el cruel asesinato de Ocampo. Este dolor acerbo, honra a la representación nacional y honra al mártir, sí señores, al mártir, porque Ocampo ha muerto dando testimonio a la verdad, de su profesión política.

Y bien, el Congreso, al ordenar que una comisión de su seno, presidida por el presidente mismo del cuerpo Soberano asistiese a esta ceremonia fúnebre y al acordar que uno de los miembros de la comisión pronunciara un discurso a la vista de los restos mortales del estadista eminente, ¿se ha propuesto sólo honrar su memoria? No señores, la mente del cuerpo Legislativo abraza los objetos igualmente grandes y dignos de su soberanía: honrar al demócrata insigne y que imitemos sus virtudes. El primer fin del Congreso está realizado; toca a nosotros hacer efectivo el segundo.

Nace Ocampo en la Ciudad de México en la primera mitad de la segunda década de nuestro siglo; pasa los primeros años de su vida en una finca rústica de Michoacán, vuelve el mancebo a su ciudad natal con el objeto de hacer su educación. Sus padres quieren dedicarlo a la noble profesión de abogado, pero el joven lo rehúsa porque teme separarse de la justicia en el ejercicio de la abogacía; deja, pues, el estudio del derecho para dedicarse a varios ramos del saber humano: las lenguas antiguas y modernas, la historia, las ciencias naturales, la política y la moral hacen el objeto preferente de sus ocupaciones. Dueño de un rico patrimonio, decide hacer un viaje a Europa para ensanchar el círculo de sus conocimientos artísticos y científicos; las formas de gobierno, las costumbres, las maravillas de las bellas artes y, sobre todo, los progresos de las ciencias naturales absorben su atención y nuestro joven vuelve a su patria, rico de conocimientos preciosos que quiere difundir y practicar en bien de sus semejantes.

Convencido, como los antiguos romanos, de que no hay arte más digno de un hombre libre que la agricultura, fija su residencia en el campo y consagra sus talentos y sus luces al cultivo de la finca, de donde lo había de arrancar un día la mano aleva de los asesinos.

Caído el ominoso centralismo, la nación es convocada a elegir sus legisladores constituyentes; la patria de Hidalgo, Morelos e Iturbide nombra, entre otros, uno de sus representantes, al señor Ocampo. En el Congreso Constituyente se le ve, al lado de Espinoza de los Monteros, Morales, Lafragua, Otero y otros ornamentos del partido liberal, sostener el dogma sagrado de la soberanía del pueblo y la necesidad de la forma federativa. Sabido es que las esperanzas de la nación fueron entonces defraudadas; Ocampo vuelve a su retiro, de donde pasa a gobernar el estado de Michoacán, en una de las épocas más difíciles de nuestra vida política: en la época de la invasión americana. Ocampo improvisa recursos, organiza ejércitos y los envía a batirse en el Valle de México.

Del gobierno de Michoacán pasa al Senado de la Unión y allí hace constar su voto en contra de la paz que nos arrebató una extensión enorme de nuestro territorio.

Del Senado pasa a la secretaría de Hacienda y Crédito Público, a este hondón de las Danaides, en donde se han sumergido tantas reputaciones; la de Ocampo sale ilesa; quiere establecer el orden en el seno mismo del caos y, al efecto, como el primer artículo de su programa, propone al presidente de la República la suspensión de pagos, se desecha su pensamiento y, cual otro Cincinato, vuelve a labrar la tierra.

Pero los michoacanos lo llaman a la primera magistratura del estado y Ocampo, que siempre se creyó venido al mundo para hacer bien a sus compatriotas, vuelve de nuevo al gobierno. Sobreviene la catástrofe del año de 53; se le invita para secundar el golpe de Estado de 19 de enero y da, señores, aquella respuesta memorable que pinta todo su carácter y que le hará honor eternamente:

"Yo me quiebro, pero no me doblo".

Establécese la nefanda tiranía de Santa Anna, verdadero origen de los males que sufre la nación hace ocho años y, una de las primeras víctimas de aquel infame despotismo, fue el virtuoso Ocampo. Confinado primero a Tulancingo, fue encerrado después en San Juan de Ulúa de donde pasó a la isla de Cuba y en seguida a los Estados Unidos. Allí se robusteció más y más su alma varonil en sus sentimientos democráticos;

allí combinó con los Juárez, los Arriagas, los Matas, los Ceballos y los Arriojas, el plan que, en días menos desgraciados, hicieron triunfar Álvarez, Degollado y Comonfort, contra la tiranía clérigo-militar.

Vuelve Ocampo a la República; la confianza justificada del decano de la independencia lo llama al consejo de representantes y, en seguida, al ministerio. Propone su programa que era el mismo que, gracias a Dios, vemos ya triunfante; es combatido por el ministro de la Guerra y entonces, como otras cien veces, la toga cede a las armas; Ocampo declara que aquella época no es la suya y se retira a su finca rústica.

Viene el Congreso Constituyente y, profundamente disgustado del curso de la política, regresa a su domicilio en donde permanece hasta que la voz de la suprema autoridad legítima, lo lleve a ser su primer consejero.

Aquí empieza, señores, una odisea: Guanajuato, Guadalajara, Colima, Panamá, La Habana, Nueva Orleáns, Veracruz, México, Pomoca y Tlaltengo son el principio, la escala y el término de los trabajos del mártir de la democracia mexicana. Referir una a una todas las peripecias de este período que ya se cerró para siempre, sería fatigar vuestra atención; básteme decir que en todas partes, que en los lances más críticos de la serie no interrumpida de vicisitudes de la vida de Ocampo, él fue siempre el mismo: el hombre del deber; se hubiera quebrado mil veces, no se habría doblado una sola.

La vida toda y el carácter de Ocampo, están compendiados en la pintura que Horacio nos dejó del hombre justo; ni la gritería del pueblo pidiendo una maldad, ni el ceño de un tirano amenazador, ni una borrasca deshecha, ni el rayo mismo de Júpiter, eran capaces de apartarlo de su deber; si el orbe se hubiera desplomado, sus ruinas le hubieran herido impertérrito.

En Ocampo había dos hombres: el público y el privado. El primero era inflexible, justo, severo hasta rayar a veces en descortés; el segundo era jovial, expansivo y sobre todo benéfico. Él era considerado como la divinidad tutelar de Pomoca y sus alrededores, jamás la indigencia se acercó a Ocampo sin retirarse socorrida y satisfecha. Hablar de la probidad de este esclarecido ciudadano, sería insultar sus manes.

Por este rápido bosquejo de la vida de nuestro inmortal demócrata, habréis visto que la virtud que descollaba entre muchas que formaban su carácter, era la justicia, era la conformidad de sus acciones con las leyes civiles y de la naturaleza; habéis visto que nada fue capaz de hacerlo faltar a su deber. Para confirmar esta verdad de una manera que no deje lugar a duda, voy a referir dos rasgos de los últimos días de nuestro glorioso mártir. Vosotros recordáis, señores, que a la caída de la tiranía reaccionaria, sus prohombres se escondieron temerosos de que los liberales hicieran con ellos lo que uno de sus dignos presidentes, el Claudio de la reacción, acaba de hacer con el señor Ocampo; le preguntó un amigo de los escondidos, en los primeros días de enero, qué pensaba hacer con los ministros de la reacción: -"Que los juzguen, respondió, sus jueces competentes y que sufran la suerte que les toque"- . "Algunos, añadió el interlocutor, temen por su vida y otros creen que serán desterrados".- "¿Se han figurado, replicó Ocampo con viveza, que soy verdugo?"-.

Se dice y la especie es muy probable, que los asesinos le proponían que escribiera al Supremo Gobierno pidiendo la soltura de los presos políticos, brindándole con el recobro de la libertad. ¡Qué tentación, señores, para una alma débil! La superior de Ocampo la resiste y la vence; no quiso poner a su gobierno en lucha entre el deber y el sentimiento y, juzgando al jefe del Estado por las reglas que normaron la conducta de la víctima, no quiso prolongar su agonía ni que de ella participaran sus amigos; murió respetando los deberes ajenos y cumpliendo los suyos de una manera heroica.

El sacrificio de la preciosa vida de Ocampo no será perdido para la democracia mexicana; sus altos funcionarios se han hecho superiores a las exigencias de su amargo dolor y a las peticiones de la indignación pública; la justicia no ha sufrido un solo ataque, la independencia del poder judicial ha sido respetada y todos hemos inclinado nuestras frentes ante la máxima humanitaria "El afligido es un objeto sagrado". Sigamos, señores, por esta hermosa senda, respetemos la voluntad soberana del pueblo que ha establecido en su Código Fundamental la división e independencia de los poderes y México se salvará. La nación recobrará la

paz, se restablecerá la concordia entre los mexicanos y, unidos, seremos fuertes y felices.

¡Alma venerada de Ocampo; desde el seno de Dios, donde reposan las almas de los justos, dirige una mirada sobre la gran familia liberal, de que fuiste el más puro y precioso ornamento!. Y si estás contenta y satisfecha de los sentimientos que la animan, pide al Remunerador de los buenos, que nos una estrechamente para salvar la independencia y la libertad de la República; pide también que cuanto antes podamos decir: "¡Que el pudor, la justicia, la fe inviolable y la verdad pura, han hallado muchos mexicanos iguales a ti!".

Dije.

RECONOCIMIENTO MÉDICO DEL CADÁVER DE MELCHOR OCAMPO

Señor inspector general del cuerpo médico militar

En virtud de la orden verbal de usted, fecha 5 del corriente, para que informáramos sobre las lesiones exteriores que presentaba el cadáver del señor don Melchor Ocampo, pasamos a hacer el reconocimiento correspondiente y en debida contestación manifestamos: que habiendo comenzado el examen por las lesiones que presentaba la cabeza, hallamos tres heridas por arma de fuego y una quemadura de tercer grado. La primera herida, comenzando por la cima de la cabeza hacia abajo, está situada en la región temporal derecha, dirigida horizontalmente de adelante a atrás, dos líneas arriba del pabellón de la oreja, deprimida en su ángulo anterior, de dos pulgadas de longitud; interesa la piel, tejido celular, aponeurosis y algunas fibras del músculo temporal. La segunda, en el carrillo derecho, sobre el ángulo superior y externo del pómulos, cinco líneas afuera del ángulo externo del ojo, horizontalmente dirigida de fuera a adentro y de delante a atrás, penetrante, con su abertura de entrada oval, irregular, de cinco líneas en su mayor diámetro, interesando las partes blandas y hueso malar, sus bordes deprimidos y cubiertos por una escara negra que cubre gran parte del carrillo derecho, circular, irregular y sus límites son: hacia adentro, el dorso de la nariz; hacia abajo el sulco naso-labial; afuera, una línea tirada de la comisura labial al conducto auditivo externo y el superior por otra línea tirada del conducto auditivo al ángulo interno del ojo. El bigote, la patilla y un hacedillo de pelo descendente sobre el carrillo derecho, están quemados en gran parte. Igualmente, sobre la superficie de toda la cara y de la frente, están engastados multitud de granos de pólvora.

La tercera herida está situada siete líneas afuera y atrás de la comisura labial, dos líneas abajo del borde inferior del hueso malar izquierdo, horizontalmente dirigida de fuera a dentro y de delante a atrás, ovalar, de bordes irregulares y deprimidos, interesando las partes blandas y el hueso maxilar superior, con cuatro líneas de diámetro.

Las lesiones que hayan producido los proyectiles de esta herida y la anterior en los órganos colocados en las partes profundas de la cabeza, nos son desconocidas por no haber recibido orden más que para tomar apuntes sobre el aspecto exterior de las heridas dichas.

En la exploración del pecho, encontramos una equimosis

y dos heridas por arma de fuego. La equimosis formaba el fondo de un sulco determinado por una fuerte depresión de la piel que se extendía del borde posterior de la axila izquierda, oblicuamente de abajo a arriba, de atrás a adelante y de fuera a adentro, terminándose al nivel de la articulación externo claviclar y presentando en su mayor anchura una pulgada de diámetro; en el lado derecho seguía el sulco una dirección análoga del borde posterior de la axila al borde externo de la extremidad superior del esternón. Una de las heridas, situada ocho líneas arriba y afuera de la tetilla izquierda, en el tercer espacio intercostal, penetrante, ovalar, de bordes irregulares y cuatro líneas en su mayor diámetro; la otra herida, situada en la región dorsal, en el quinto espacio intercostal, afuera dos pulgadas de la articulación de la costilla, con el apófisis transversa penetrante, de abertura triangular, de cinco líneas en su mayor diámetro, complicado con una fractura conminuta del borde inferior de la quinta costilla y, además, un derrame que llenaba la cavidad de las pleuras en el lado izquierdo. Habiendo abierto la cavidad torácica, notamos que el proyectil que había atravesado la pared anterior del tórax, interesó en su trayecto la pleura parietal laviseral, penetrando en el lóbulo superior del pulmón izquierdo, cuatro líneas hacia afuera de su borde cortante, recorriendo todo su espesor y saliendo en su borde convexo cerca de la raíz, interesando los vasos que se hallan a esa altura del pulmón, volviendo a interesar las dos pleuras, visceral y parietal y saliendo finalmente al exterior, entre el quinto espacio intercostal, el mismo proyectil que había penetrado por la parte anterior del pecho.

Todos estos datos de las heridas del pecho, pudimos tomarlos con más precisión por motivo a que nos dio orden de extraer el corazón en los momentos en que iba a colocarse el cadáver en su ataúd.

Por otra parte, no habiendo hecho el estudio minucioso de las lesiones que profundamente ocasionaron los proyectiles de las dos heridas penetrantes en la cabeza, no tenemos los datos competentes para juzgar sobre la naturaleza de todas las heridas que sufrió el señor Ocampo y las únicas consecuencias a que habría lugar, son las siguientes:

1ª- Que después de haber recibido el señor Ocampo las heridas antedichas, ha sido suspendido.

2ª- Que el disparo que hizo la herida en el pómulo derecho, fue a quemarropa.

Todo lo cual ponemos en conocimiento de usted, para los fines que crea convenientes.

Dios y Libertad. México, junio 6 de 1861.

José Cervato

Manuel Carpio

ACLARACIÓN DEL RECONOCIMIENTO MÉDICO ANTERIOR

Señor inspector general del cuerpo médico militar,
don Ignacio Rivadeneyra

Para dar el debido cumplimiento al oficio de usted, fecha 8 del corriente, que a la letra copiamos -documento número dos, reasumiremos los únicos datos que tenemos. Estos son: la situación, dirección, figura y diámetro de las cinco heridas, la escara del carrillo derecho, quemadura del bigote, barba, pestaña, ceja, hacecillo de pelo del lado derecho, la incrustación de granos de pólvora en el resto de la cara, la equimosis de la parte anterior y superior del pecho, herida del pulmón izquierdo y el derrame sanguíneo en la cavidad pleural izquierda.

Veremos si con estos datos es posible dar una contestación categórica, con arreglo a los principios médico-legales a las tres cuestiones propuestas.

Respecto de la primera, que a la letra dice: "De las heridas de arma de fuego que se notan en el cadáver, ¿cuál fue el calibre del proyectil?".

Para tratar esta cuestión fijaremos, primero, el sentido de la palabra calibre. Según Bouillet significa: "el diámetro de la boca de las armas de fuego en general" y el diccionario enciclopédico "el diámetro de la bala". Tal como está redactado, creemos se nos pide el diámetro del proyectil.

Entre los datos tenemos dos: el diámetro y figura de las heridas, pero éstas no son suficientes para resolver la cuestión.

Velpeau, en el tratado de heridas de arma de fuego, impreso en París en 1849, dice: "La forma de las heridas varía con la región del cuerpo, con la dirección que lleva el proyectil y con la parte de éste que hiere primero la piel". Textualmente asienta estas palabras éste el segundo párrafo de la página 114: "Las heridas pueden ser irregulares y

no tener ninguna relación con la forma del proyectil, lo cual se observa cuando éste hiere oblicuamente la piel sostenida por hueso, tendones o ligamentos". Por las experiencias que refiere en la página 113, se deduce que la forma de la herida varía con la dirección y parte del proyectil que hiere primero la piel.

Precisamente las heridas en cuestión, reúnen las circunstancias que señala Velpeau: son oblicuas y están situadas sobre partes blandas, apoyadas inmediatamente por los huesos.

Además, la forma y diámetro de las heridas varía con la época a la que se les examina y nosotros las hemos observado 52 horas después de producidas.

Finalmente, para resolver categóricamente esta cuestión, sería necesario haber extraído o extraer los proyectiles que se encuentran en el cadáver, con tal que no hayan sufrido deformación total.

La segunda cuestión dice así: "¿A qué distancia aproximadamente recibió estas heridas de sus agresores?".

En cuanto a las heridas situadas en el pecho, carrillo izquierdo y región temporal derecha, no tenemos absolutamente datos de ninguna especie. Respecto de la herida situada en el carrillo derecho, tenemos los siguientes: está cubierta por una escara negra y acompañada de la quemadura del bigote, barba, pestañas, ceja y un hacesillo de pelo descendente de la cabeza e incrustación de granos de pólvora en la piel de la cara.

Éstos sólo nos autorizan para decir que la distancia permitió llegar a la pólvora en combustión, sobre la cara y, por lo mismo, el arma fue disparada muy cerca de la víctima y atendiendo a los efectos producidos, clasificamos esta herida entre las que comúnmente se designa con el nombre de heridas a quemarropa.

Esta distancia no podemos precisarla más, por no conocer la longitud del arma que usó el agresor. Oigamos a Briand, en su tratado de *Medicina Legal*, página 286: "La pólvora desalojada del cañón, arde a su salida hasta una distancia igual solamente a la longitud del cañón".

Pero hay más, aun conocida el arma, sería preciso hacer experiencia con ella, como se practicó el año de 1839 en el tribunal de

Clin, en la causa de Peytel: "La señora Peytel había sido herida por dos balas cerca de la nariz; las cejas, párpados y las pestañas de un ojo, habían sido enteramente quemadas y una gran cantidad de pólvora había penetrado en el espesor de la piel del carrillo. A fin de determinar a qué distancia debió ser disparada el arma para producir tales efectos, tuvieron que hacer varias experiencias, disparando con la misma pistola de arzón de que se sirvió el asesino, sobre una hoja de papel al que se había fijado un poco de cabello".

Pasemos a la tercera cuestión que está redactada en estos términos: "La señal que se nota encima del pecho, que se extiende de una axila a otra y que, en concepto de ustedes, prueba la suspensión, ¿tuvo ésta lugar antes o después de la muerte?".

Para no desviarnos del método que hemos seguido al tratar las cuestiones anteriores, indicaremos que el único dato que poseemos, es el surco cuyo fondo presenta una equimosis colocado en la parte anterior y superior del pecho.

Pero esta lesión puede ser determinada por dos causas, o bien una fuerza activa que, obrando fuera de la víctima produjera la constricción o bien una fuerza pasiva que, como el peso del cuerpo, obrando sobre la cuerda, produjera un efecto análogo.

Así es que, la única consecuencia que podemos deducir es que se aplicó un lazo al cuerpo del señor Ocampo. Sin embargo, la oblicuidad del surco hacia arriba y la falta de éste en la región posterior del pecho, nos hace suponer que ha habido suspensión. Pero ¿la aplicación del lazo ha sido antes o después de la muerte?

La situación y dirección de las heridas, que todas las de la cabeza son horizontales y la del peso oblicua de arriba abajo, suponen que el agresor estaba en el mismo plano que la víctima y, en caso de diferencia en las alturas, parece, más bien, ser mayor la altura del agresor.

Por lo mismo, opinamos que el señor Ocampo, fue suspendido después de haber recibido las heridas.

Volviendo al punto esencial de la cuestión diremos que, no habiendo practicado la autopsia por no haber recibido orden para ejecutarla, ignoramos completamente las lesiones que pudieron producir

los proyectiles que penetraron en la cabeza y, por lo mismo, no sabemos si la muerte pudo ser instantánea o si el señor Ocampo ha podido sobrevivir algunos momentos después de recibir dichas heridas.

De aquí resulta que no tenemos más datos sino la equimosis, pero este signo está muy lejos de tener toda la importancia que antiguamente se le había dado. Devergié asienta en su *Tratado de Medicina Legal*, tomó segundo, página 206, que la equimosis no tiene sino un valor equívoco, por presentarse durante la vida, como pocos momentos después de la muerte y, en confirmación de esto, trae, entre otras observaciones, una del señor Lenoir, referente al cadáver de una mujer que, habiendo sido suspendida, vino al suelo por haberse roto la cuerda y, a consecuencia del golpe que recibió, se produjo una equimosis en el pómulo derecho y una hemorragia nasal.

Veamos en seguida lo que dice Briend en su *Tratado de Medicina Legal* sobre el valor que tienen las equimosis. Textualmente lo copiaremos: "Por lo mismo que este color moreno, este estado de la piel y del tejido celular en el surco producido por el lazo son, como lo acabamos de decir, fenómenos puramente físicos, no pueden, así como ni la equimosis, constituir un signo cierto de muerte por suspensión, porque no son constantes, no se manifiestan desde los primeros momentos y, además, la constricción puede producirlos en un cadáver como durante la vida".

De suerte que, aunque opinamos que el lazo fue aplicado después de haber recibido las heridas, no nos creemos suficientemente autorizados para resolver la cuestión que nos ocupa. Sin embargo, la falta absoluta de señales de violencia en los miembros superiores y en todo el resto del cuerpo, que indicaran alguna lucha o resistencia por parte del lazo aplicado al pecho, nos inclina a creer que, si el por parte de la víctima y el no haber signo de desalojamiento por parte del lazo aplicado al pecho, nos inclina a creer que, si el señor Ocampo no era cadáver, había perdido ya la sensibilidad y el movimiento en el instante de su suspensión.

Por lo expuesto, verá usted que no hemos resuelto las cuestiones, tales como se nos proponen, pero también haremos notar que el objeto de

la medicina legal no siempre es el de resolver las cuestiones que se le proponen, sino que el mayor número de veces es solamente el de ilustrarlas. En comprobación de este aserto, veamos la definición que el ilustre Orfila, da de dicha ciencia: "La Medicina Legal es el conjunto de conocimientos médicos, propios para aclarar diversas cuestiones de derecho y dirigir a los legisladores en la formación de las leyes".

Si por nuestra poca práctica y escasos conocimientos, no hemos podido valorizar los datos ministrados por la simple vista de la superficie exterior del cadáver del señor Ocampo, otros señores médicos que vieron las lesiones, que tal vez recogieron más datos y por otra parte, dotados de mayor capacidad e instrucción, creemos se prestarán a la resolución de tan delicadas cuestiones.

Dios y Libertad, México, junio 10 de 1861.

Manuel Carpio

José Cerrato

Son copias de los originales que obran en la inspección general del cuerpo.

México, junio 11 de 1861.

J. M. de Alva
Secretario

COPIA DEL LIBRO DE MEMORIAS
DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR GENERAL DON SANTOS
DEGOLLADO QUE SE ENCONTRÓ SOBRE SU CADÁVER
Y CUYO ORIGINAL POSEE EL ESPAÑOL DON JUAN ORTIZ,
OFICIAL DE LA SECCIÓN DE HUITRÓN

Año 1860

Noviembre 24.- Salimos de –Morelia- Quiroga para Toluca.

En el rancho del Barreno vinieron a visita los señores Silva, García Valdovinos, Ortiz, Ortiz Ayala, Apastillado, Escamilla, licenciado Gómez, licenciado Alvides y Medina. No vinieron por ocupación Régules y Aranda. Los demás amigos, ignoraron mi aproximación a Morelia.

Idem. 25.- Llegamos a Queréndaro donde nos esperaba Benito Gómez Farias. Pasamos allí el 26.

Idem. 27.- Pernoctamos en Acámbaro y se me presentaron las autoridades locales.

Idem. 28.- *Idem*, en Maravatío que se me presentaron las autoridades, algunos vecinos y los jefes y oficiales del 4º de caballería con su coronel Pérez Vargas.

Idem. 29.- Nos detuvimos en la hacienda de Apeo.

Idem. 30.- Pernoctamos en la Jordana.

Diciembre 1º- *Idem*, en Ixtlahuaca.

Idem. 2.- Llegamos a Toluca donde se nos recibió con hospitalidad y grandes honores por el general Berriozábal. Fuimos hospedados en el Palacio de Gobierno.

Idem. 7.- Nos trasladó a su casa el general Berriozábal.

Idem. 9.- Fuimos sorprendidos y hechos prisioneros.

Idem. 10.- Nos sacaron escoltados de Toluca a los señores Berriozábal, Farias, Govantes y yo.

Idem. 11.- Continuamos conducidos para Tacubaya, habiendo salido de Lerma.

Idem. 12.- Nos sacaron de Tacubaya para México a donde entramos a las cinco de la tarde. Se nos recibió presos en Palacio, en una habitación amueblada por orden de Miramón.

Idem. 20.- Salió Miramón con 8,000 hombres y 30 piezas para el encuentro de nuestro ejército.

Idem. 22.- Se dio la batalla de San Miguel Calpulalpan en que fue derrotado Miramón por González Ortega.

Idem. 23.- En la madrugada llegó Miramón con sus jefes y oficiales y se recogió a dormir. A las doce nos llamó la esposa de Miramón y luego condujo a éste para que hablásemos sobre la situación.

En la tarde salió el señor Berriozábal acompañando a una comisión compuesta del ministro francés Mr. de Saligny, el embajador español señor Pacheco y el general don Antonio Ayesterán, comisionado por Miramón para pedir garantías al general en jefe del ejército federal, don Jesús González Ortega, que estaba en Tepeji.

Idem. 24.- Volvió la comisión con una respuesta negativa. Se nos subió a la habitación del gobernador de Palacio para impedir que nos asesinaran los que pedían nuestras cabezas a Miramón. A la oración de la noche, nos llamó Miramón al Palacio y comenzó a desbandarse su tropa.

Idem. 25.- A las cuatro de la mañana entró la sección de Aureliano haciendo fuego sobre la puerta principal de Palacio. A las siete entró la brigada Carbajal. Poco después fue muerto Segura Argüelles, quien asesinó al teniente Escalada. A la una del día entró el general (González) Ortega con parte del ejército. Se recibió del mando de la plaza y nos retiramos a nuestras casas.

Idem. 27.- Me alojé en la casa de Benito Gómez Farias.

Idem. 29.- *Idem*, en el Hotel del Bazar.

AÑO 1861

Enero 1º- Hizo su entrada triunfal el ejército federal. El señor (González) Ortega me obligó a tomar el pendón nacional que a él le había entregado el excelentísimo ayuntamiento y además me colocó varias coronas. El mismo señor me hizo subir a Palacio y en el balcón principal lo acompañé a ver desfilan la columna de honor. Nos acompañaron también los señores Ocampo, Llave y Mata.

Idem. 7.-Llegó mi familia.

Idem. 8.- Caí enfermo de escarlatina.

Idem. 11.- Llegó de Veracruz el señor Juárez e hizo su entrada solemne en México.

Idem. 13.- Me visitó el señor Juárez en unión de los ministros Ocampo y Emparan.

Idem. 16.- Me mandó \$ 1,000.00 el señor Ocampo, como ministro de Hacienda, por cuenta de mis sueldos vencidos.

Idem. 17.- Me levanté de la cama.

Febrero 1º- Nos mudamos al número dos de la calle de San Juan de Letrán.

Idem. 27.- El general don Ramón Iglesias vino a tomarme la declaración preparatoria. Pregunté el nombre de mis acusadores y protesté a salvo mi inmunidad para el caso de que mi mejor justificación exija hacer uso de mi derecho.

En uno de los días de febrero, recibí \$500.00 por cuenta de vencimientos.

Marzo 14.- Salieron para Colima Fermín Farias y Miravete.

Marzo 15.- Escribí a Mariano - su Hijo- por el Tennessee.

Idem. 19. —Completé \$150,00 a don Pascual Ortiz por cuenta de Octaviano Ortiz.

Idem. 20.- Recibí cartas de don José María Castaños, Guadalajara. De don B. Paz, San Luis. De Castaños hermanos, puerto de Ipala. Escribí a don José María Castaños.

Idem. 22.- Murió don Miguel Lerdo de Tejada. Recibí cartas de Octaviano Ortoi, de Obregón, de Tampico. De Gómez Flores, de Mazatlán.

Idem. 23.- Recibí cartas de los Estados Unidos, de Mariano y del licenciado Romero.

Idem. 24.- Escribí a Obregón, de Tampico. Al licenciado Elizondo, de Apeo y Ortoi, de Morelia. Me entregó don Pascual Ortiz \$100 por cuenta de Ortiz.

Idem. 26.- Recibí de la Tesorería general \$500 por cuenta de mis vencimientos. Se le dieron cinco pesos a la señora Francisca y otros cinco a Jerónimo.

Idem. 28.- Recibí carta del general Arteaga participándome que en Querétaro y San Juan del Río fui electo presidente. Respondí al mismo general. Escribí a don Carlos Montoya, suplicándole que el Mocho retirara mi candidatura.

Idem. 31.- Recibí cartas del licenciado Elizondo y de don Francisco Palomo, de San Luis; escribí a don Juan de Dios Gómez, a Octaviano Ortiz y al señor Ocampo. Fue aprehendido el titulado general Trejo por denuncia de su querida y lo pasaron por las armas a las seis de la tarde.

Abril 1º- Se le dieron tres pesos, dos y medio reales a Jerónimo. Presenté un ocurso al señor Juárez en nombre de don Juan de Dios Gómez para que no se le exija el pago de una deuda a la testamentaria de Pintado, por no haberse cumplido el plazo.

Idem. 1º- Mandé al general Valle un oficio declarándole que no declino jurisdicción militar. Se pagó adelantado la renta de la casa. Escribí a Fermín Farias dos cartas recomendando a don Juan Rábago y don Casiano Cortés. También a éste le escribí.

Idem. 2.- Escribí a don Juan de Dios Gómez comunicándole el proveído del ocurso que presenté en su nombre.

Idem. 3.- Recibí carta del licenciado Elizalde de Mérida. Escribí a don José María Castaños, Guadalajara, incluyendo un impreso que

contiene mi correspondencia con Mr. Mathew y un manuscrito que contiene mi defensa en sinopsis. Vino el general Arteaga.

Idem. 7.- Escribí a Mariano y a Romero a los Estados Unidos y acompañé al primero unos retratos. Contesté al licenciado Elizalde, Mérida. Comenzó la crisis contra el señor Juárez y el señor (González) Ortega porque éste pide el cambio de gabinete.

Idem. 8.- Mandé 10 pesos al licenciado Ruiz a Palacio para la celebración de las honras a las víctimas de Tacubaya. Me vinieron a ofrecer el ministerio de la Guerra -Siguen unas palabras escritas en cifra-.

Idem. 9.- Vino a hablarme el amigo del señor (González) Ortega - Siguen unas palabras escritas en cifra-. Recibí cartas de Mariano, de O. Ortoi y de don Miguel Treviño. Escribí a los dos últimos, a los licenciados Elizondo y Patiño de San Luis.

Idem. 11.- Celebramos en Tacubaya las honras del aniversario en memoria de las víctimas de Tacubaya, sacrificadas en 1859 por la reacción.

Idem. 12.- Expedí certificado a don Emilio Fenelón sobre haberle concedido la redención de \$18,866.00 de capitales piadosos en Guadalajara y 12,000 en la hacienda de Mejía en Oaxaca. Escribí a don José María Gómez, Guanajuato.

Idem. 13.- Se le dieron a Gerónimo, 13 y medio reales a cuenta de su salario. Más otros dos pesos.

Idem. 15.- *Idem.* a *idem.*- 21 reales. Recibí el rédito que paga cada mes la casa de los Martínez del Río hermanos.

Idem. 16.- El jefe de la policía devolvió el caballo que compré en Quiroga. Se encontró en poder de los ladrones.

Idem. 17.- Di un informe en la causa del general Casanova que estaba sentenciado a ser pasado por las armas a las cinco de la tarde. Se suspendió la ejecución.

Idem. 18.- Escribí a Cabral, al gobernador de Aguascalientes, a Octaviano Ortoi y a don Refugio Portugal.

Idem. 19.- Salió Gerónimo y se le ajustó su cuenta, pagándole el alcance de tres pesos, dos y medio reales, adelantándole un peso. Recibí cartas de los Castaños, de Landero y de la señorita Batello. Mandé un

remitido al *Monitor*, explicando mi participio en la salvación de la vida del general Casanova. Escribimos a Mariano. Escribí a Sabás recomendándole a la señora... Amezarri.

Abril 21.- Fuimos a la Piedad por convite del señor Jáuregui y su familia.

Idem. 22.- Recibí \$250 por cuenta de vencimientos que me mandó el señor general Govantes de la Tesorería general. Les di \$20 a Gómez y Taboada y recomendé el primero al general Arteaga y el segundo al general Parrodi.

Idem. 23.- Puse en la pensión el caballo Pollo que hoy me trajo Rodríguez, ganando la pensión 12 pesos mensuales.

Idem. 24.- Contesté un oficio del ministerio de la Guerra y le remití la bandera del batallón de la Reforma; compré una silla de montar en \$38, usada.

Idem. 25.- Contesté a Pérez Gómez y a don Miguel C. de Alatríste. Escribí a O. Ortoi y a don Macedonio Gómez. Remití a Mr. Chesman \$48, importe de un vestido.

Idem. 27.- Se le dieron cuatro pesos a la señora Francisca, la cocinera.

Idem. 30.- Publiqué tres remitidos por suplemento al *Siglo XIX*. Devolví a don Sotero Prieto una libranza de \$20,000 con el recibo correspondiente que es el capital que tenemos puesto en la fábrica de la Escoba. En cambio dio el señor Prieto dos cartas firmadas por don Manuel Escandón, una para mí y otra para Joaquín cada una por valor de \$10,900, cuyo rédito mensual tiene que pagar la casa del mismo Escandón. A Joaquín entregué su carta.

Mayo 9.- Se instaló el Congreso Constitucional. Di diez pesos a Gómez y diez a Taboada.

Idem. 13.- Se dio cuenta en el Congreso con el ocuro del licenciado Jáuregui en que pide que se abra mi juicio.

Idem. 15.- Recibí los primeros \$100 de réditos mensuales que me pagó don Manuel Escandón.

Idem. 19.- Mandé orden a Quiroga para que le recojan el caballo a Jerónimo Villaseñor. Me mandó el general Govantes \$136.36 por cuatro días de sueldos de este mes y cuatro del pasado.

Idem. 21.- Se dieron 12 reales a la cocinera señora Francisca.

Idem. 26.- Me mandó el general Govantes \$65.66 por dos días de sueldo de este mes y dos del pasado. Di a Medina \$10 por don Pablo Cárdenas.

Junio 3.- Se tuvo noticia de que el señor Ocampo había sido capturado en Pomoca.

Idem. 4.- Se supo que había sido asesinado en Tepeji del modo más bárbaro e inhumano.

Me dirigí al Congreso pidiéndole licencia y me la concedió. Hablé y pedí permiso para salir a campaña sin perjuicio de que se siga mi causa pendiente y se me dio la licencia con mil aplausos del público y de la Cámara.

Tuve una conferencia con el señor Juárez y sus ministros sobre la campaña.

Idem. 15.- Ofrecí mis servicios al ministro de la Guerra.

Fue traído el cadáver del señor Ocampo.

Se me confió el mando de una pequeña brigada.

Idem. 6.- Recibí \$1000 por cuenta de mis vencimientos. Fue solemnemente enterrado el cadáver del señor Ocampo.

Idem. 7.- Salí con ella (la brigada) para Tacubaya.

Idem. 8.- Salimos para Lerma donde pernoctó la tropa. Nos detuvimos dos horas en el llano de Salazar tiroteando al enemigo. Yo me adelanté a Toluca.

Idem. 9.- Aprobé un plan de campaña formado por el coronel O'Horán y escribí a México recomendándolo.

Pedí parque y recursos y recomendé la venida de jefes y oficiales.

Idem. 10.- Salió el coronel don Agustín Cruz con una sección para México en compañía de O'Horán para representar las necesidades de la brigada.

Recibí una libranza de don Julio Whink por 1,000 pesos. Me había dado 500 en Tacubaya el día 7, todo por cuenta de 5,000 pesos que sacó de la Tesorería general.

Idem. 11.- Pagué 500 pesos por orden del ministro de la Guerra a don Antonio Astorga, cuya cantidad estaba destinada al 2º escuadrón de Zacatecas.

Idem. 12.- Compré un caballo alazán en 150 pesos, un prieto en 85 pesos.

Idem. 13.- Don Benito Sánchez me entregó los 3,500 pesos de la letra que le di a cargo de don Julio Whink.

Se recibió parte de la aproximación de una gavilla al pueblo de Calpulotitlán y mandé montar 25 dragones para que los vayan a perseguir.

Devolví el caballo prieto por estar lacrado, quedando don Ignacio Mañón de recogerme los 85 pesos que había dado.

Idem. 14.- Compré una mula aparejada en 75 pesos.

Di 25 pesos al teniente don Vicente Santos Solís para que se equipe.

[...]

Fin del diario.

El 15 fue su desgraciada muerte.

Copiado de su original como un recuerdo para la familia y amigos del señor general Degollado.

Prisionero del general Gálvez en el pueblo de Huisquilucan, Estado de México, a 17 de junio de 1861.

Francisco Schiafino

Nota:

El libro es un carnet, contiene una tarjeta del señor Degollado y unos signos en una página blanca.

Otra.- Tenía un anillo de oro y sobre una piedra verde de jaspe estaban las armas nacionales con este lema: "Todo para ti". El anillo lo conserva el jefe de la caballería coronel Huitrón.

Sacado del original por el que suscribe con el permiso del señor general Gálvez, para remitir a México.

(Francisco) Schiafino

Certifico ser un extracto auténtico de los apuntes contenidos en la cartera del señor Degollado, cuyos apuntes van copiados en cuatro fojas útiles.

Huixquilucan, junio 20 de 1861.

J. M. Gálvez

PARTE DE LA BATALLA DEL MONTE DE LAS CRUCES
ASESINATO DE SANTOS DEGOLLADO

Excelentísimo señor ministro de la Guerra

Excelentísimo señor:

No había dado a vuestra excelencia [V. E.] oficialmente parte circunstanciado del hecho de armas que tuvo lugar en el Monte de las Cruces el día 15 del corriente en razón de que no quería salvar los conductos, porque estaba en la creencia que el valiente general ciudadano Santos Degollado habría sobrevivido a aquella desgracia, librándose de las garras de los asesinos que combatimos. Sin esta circunstancia, a él era a quien le correspondía dar el referido parte, por ser el general en jefe a quien estaba sujeto; mas hoy, convencido de que ha caído en poder de los enemigos y ha sido bárbaramente asesinado, me veo en el preciso caso de dirigirme a V. E. para darle un pormenor exacto al Supremo Gobierno de este combate desgraciado, el cual ha sido de la manera siguiente;

El día 14 en la noche recibí en Lerma una orden por escrito del general Degollado, en que me ordenaba estuviese listo para marchar con mi cuerpo a las seis de la mañana, debiendo antes esperar sus instrucciones. Entre seis y siete de la mañana llegó el ciudadano Degollado a Lerma con el escuadrón lanceros de la libertad y una piececita de montaña; le acompañaba el ciudadano gobernador del estado, don Felipe B. Berriozábal. Tan luego como llegó a Lerma el ciudadano general en jefe, emprendimos nuestra marcha por el camino real que conduce a la capital de la República; al llegar al punto llamado El portezuelo hicimos alto y el general en jefe dio orden al escuadrón lanceros de la libertad para que reconociese los cerros y llano de Salazar, a fin de cerciorarse si el enemigo se hallaba en sus posiciones donde por

lo regular permanece estacionado. Los exploradores regresando dieron parte de que no había novedad y el General en Jefe mandó continuar la marcha hasta el Monte de las Cruces; en el camino me había manifestado que nuestra marcha llevaba por objeto proteger el convoy que venía de esa capital para este estado y que, según la combinación hecha con el ciudadano coronel O'Horán, era que nosotros tomásemos la altura de la montaña por toda la cordillera del camino real hasta el punto que nombran la Casa de la Pila, en cuyo paraje debía encontrarse el convoy y marchar unido a nuestra fuerza hasta esta ciudad; después de esta conversación, me manifestó la combinación que por escrito tenía del citado coronel y ordenó la marcha de la manera siguiente:

Dispuso que mi batallón tomase la altura del Cerro de las Cruces, puesto que después de haberse informado, se convenció de que ni la caballería ni la pieza, podían transitar por aquellas cumbres y enseguida dio instrucciones al ciudadano general Berriozábal y le dejó en el pie del cerro sobre el camino y al frente de la caballería, de la pieza y de 30 infantes que me pidió para que le sirviesen a ella de sostén. Dictadas todas estas providencias, verificamos, en efecto, nuestro movimiento; el general Degollado se reunió a nosotros y me dio un guía que escogió del escuadrón citado; hicimos nuestra marcha por una cañada estrecha y cuya fragosidad dificultaba bastante el tránsito de la tropa, que fue indispensable hacerla desfilar. Cuando íbamos ya comenzando a subir la pendiente del cerro, recibimos de improviso un fuego muy nutrido de la infantería enemiga por nuestro frente y por nuestro flanco izquierdo. En tal situación, hice avanzar con rapidez nuestra descubierta que iba mandada por el comandante Soberón; adelanté sobre nuestro flanco izquierdo la segunda compañía del batallón y ordené el paso veloz sobre la cumbre al resto del cuerpo. Esta operación nos dio por resultado la toma de la altura, aunque resultaron en esos momentos heridos el comandante Soberón, el teniente López y algunos individuos de la clase de tropa. Este jefe, que como he dicho llevaba el mando de la descubierta, después de haber encumbrado, descendió por el rumbo opuesto y con dirección al punto donde permanecía situada la caballería nuestra, procurando sin duda apoyarse en ésa para ponerse en sosiego,

porque ya estaba fuera de combate, aunque para ello no recibió orden de nadie.

Cuando el que suscribe encumbró la altura, vio ir a media cuesta la tropa citada y ya no le fue posible hacerla retroceder.

Hasta estos momentos todo nos presagiaba la victoria; habíamos conquistado a viva fuerza la principal de las posiciones que tenía el enemigo; desde ella lo dominábamos completamente; habíamos apagado sus fuegos y, por último, había quedado trazada una línea de batalla cuya derecha se apoyaba sobre la cúspide del cerro y ella sola bastaba para dominar la infantería enemiga, cuya izquierda estaba sostenida en el pie del mismo cerro y sobre la llanura con toda nuestra caballería, la pieza de montaña, 30 infantes de sostén, más los 40 que iba descendiendo el comandante Soberón. Todo esto, en mi concepto, era suficiente a repeler cualquier ataque que pudiera haber dado la caballería enemiga en el llano. Encontrándonos en esta situación, nuestros soldados llenos de entusiasmo, despreciaban al enemigo y luego que todo el batallón encumbró, tocamos dianas e hizo la tropa cuantas muestras de regocijo pudo en vista de las grandes ventajas adquiridas sobre el enemigo.

El ciudadano general Berriozábal, luego que oyó el toque de diana, se retiró del punto que ocupaba, tomando el camino con dirección a México. La primera desgracia que ese movimiento nos causó fue haberse encontrado aislado el comandante Soberón cuando acabó de bajar a la llanura; además, el enemigo calificó esa marcha como una huida, recuperó la moral que le habíamos hecho perder y nos comenzó a cargar vigorosamente con su infantería por los cerros; bajó su caballería al llano y encontrando sin apoyo al comandante Soberón que marchaba ya rumbo a Lerma con los 40 infantes, le cortó por todas partes, le dispersó algo de la tropa, capturó el resto y persiguiendo a los demás oficiales que se habían dispersado, redujo a prisión dos de ellos, los tenientes López y Fuente, los mismos que fueron fusilados en la tarde. De esta manera comenzó el enemigo a adquirir grandes ventajas sobre nosotros. Para rehacernos y, a fin de salvar cuando menos la fuerza de Soberón, el ciudadano general en jefe, a moción mía, mandó al ayudante ciudadano Perfecto Soto con la orden para el ciudadano general Berriozábal a fin de

que retrocediese con la caballería y demás fuerza; pues, aunque creímos que ese regreso sería muy pronto porque no hacía un cuarto de hora que se había movido esa fuerza y además la juzgábamos en la Casa de la Pila, según lo acordado por la combinación, no volvimos a ver más en esa tarde, ni al ayudante, ni a la caballería. Fue, pues, irremediable la derrota de Soberón; desde esos momentos ya sólo procuré economizar parque y estar a la defensiva entretanto llegaba el convoy, que esperábamos muy pronto, según lo acordado en la misma combinación; pero el enemigo cargaba con vigor por todas partes. Era necesario rechazarlo y, aunque se economizaban los tiros, a las tres de la tarde nuestra resistencia era débil, porque casi se nos había acabado el parque que, como V. E. sabe, consistía en cuatro paradas por plaza; la tropa comenzó a desesperarse, pedía medios de batirse y no se los proporcionábamos. Desde entonces fue preciso trabajar mucho con la tropa para que no se desalentase; le sugería ya la idea de sostenernos a bayoneta los pocos momentos que nos faltaban para que nos llegase el auxilio; logramos sostenernos todavía hasta las cinco y media de la tarde, a pesar de que el enemigo, dos veces en medio de nuestras angustias, nos tocó parlamento admitido.

A esas horas teníamos ya muy próximas las fuerzas enemigas, que nos cargaban vigorosamente por todas partes, sin que nuestra débil resistencia pudiera impedir su empuje. La caballería ocupaba las faldas del cerro y estaba tendida en el llano, calculando ya nuestra derrota que se verificó en los momentos que fue tomada la principal de nuestras alturas, defendida por el capitán ciudadano Juan Guerrero, quien sostuvo su puesto hasta con las bayonetas de su tropa y cayó prisionero. Sujetos a esta situación, todo estaba perdido y entonces el ciudadano general en jefe dispuso en los momentos que parte de nuestra tropa caía prisionera en poder del enemigo, nuestra retirada, en la cual por una mera casualidad se salvaron varios y entre ellos el que suscribe.

Del cuerpo sólo se salvaron 97 individuos de la clase de tropa, y la bandera.

De esta manera terminó esa función de armas; ella fue desgraciada, pero me dio a conocer hasta qué punto son capaces de arrostrar un peligro inminente los jefes y oficiales del cuerpo, cuyo buen

comportamiento es digno de recomendación, lo mismo que el que tuvo el leal ayudante del ciudadano general Degollado, teniente coronel José María Gómez, quien acompañó a su ilustre y patriota general casi hasta los últimos momentos.

Tenemos que lamentar la muerte del ciudadano general en jefe Santos Degollado, quien fue aprehendido entre los montes y asesinado por los enemigos, a pesar de haber resistido heroicamente con su pistola, según lo afirman sus mismos asesinos. Tenemos también que lamentar la muerte del comandante del cuerpo, ciudadano Antonio Soberón; la del 2º ayudante, Refugio Puente y la del teniente, ciudadano Ismael López; todos fueron hechos prisioneros y asesinados después, con la circunstancia de que el comandante y el teniente López estaban gravemente heridos.

De la clase de tropa no puedo dar una noticia circunstanciada de los muertos y heridos que hubo, porque como V. E. ve no pudimos levantar el campo; sólo existe entre nosotros un herido que recogí el día siguiente que pasaron por ahí las fuerzas del convoy.

No tengo noticias positivas de la suerte que han corrido el teniente coronel del cuerpo, ciudadano Vicente Castañeda, el capitán ciudadano Jesús Figueroa y subteniente Beltrán.

Todo lo que digo a V. E. para que por su respetable conducto llegue a conocimiento del excelentísimo señor presidente de la República, protestándole a V. E. mi subordinación y profundo respeto.

Libertad y Reforma. Toluca, junio 19 de 1861.

Félix Vega

MÁRQUEZ ORDENA EL FUSILAMIENTO
DE LEANDRO VALLE

Leonardo Márquez, general en jefe de este ejército, ordeno que el capitán de ingenieros que pertenece a mi Estado Mayor, Manuel Beltrán y Puga se encargará de pasar por las armas al traidor a la patria don Leandro Valle, el cuál será fusilado por las espaldas, para lo cual se le dejará media hora para que se disponga y después de haberle fusilado que se le ponga en una paraje público para escarmiento de los traidores, para lo cual pedirá en el escuadrón de exploradores Valle, 12 hombres al comandante de escuadrón don Francisco Aldama.

Por lo tanto mando que le comunique esta orden a dicho capitán.

Dios y orden. Cuartel general de Salazar, junio 23 de 1861.

Leonardo Márquez

CAE LEANDRO VALLE
EN EL MONTE DE LA CRUCES

Junio 23 de 1861

Papá y madre queridos, hermanos todos:

Voy a morir porque esta es la suerte de la guerra y no se hace conmigo más que lo que yo hubiera hecho en igual caso, por manera que, nada de odios, pues no es sino en justa revancha. He cumplido siempre con mi deber; hermanos chicos, cumplan ustedes y que nuestro nombre sea honrado, como el que yo he sabido conservar hasta ahora.

Padre y mamá. A. . . esa carta, a mi un eterno recuerdo.
También de ti me acuerdo Agus, tú has sido mi madre también. . .
A mis hermanos y amigos, adiós.

(Leandro Valle)

ZARAGOZA INFORMA AL CONGRESO
EL SACRIFICIO DE LEANDRO VALLE

Excelentísimo señores secretarios del Soberano Congreso de la Unión

Estimados señores:

Las manos detestables de los enemigos de la civilización y de la humanidad se han empapado de nuevo en la sangre de las víctimas ilustres que sacrifican impiamente a sus instintos feroces e implacables, como queriendo ahogar en ella el grito universal que por todas partes pide la reivindicación de los derechos del hombre, conculcados por aquellos que quieren negarle las condiciones más aceptables para su mejoramiento y bienestar.

El Supremo Gobierno ha tenido anoche que oír la funesta noticia de la muerte del benemérito general don Leandro del Valle, acaecida el 23 del corriente. Este intrépido y valiente jefe, después de haberse batido bizarramente con las hordas que acaudilla la hiena de Tacubaya, el asesino del ilustre Melchor Ocampo, el nunca bien aborrecido Leonardo Márquez, después, digo, de una defensa heroica en que por más de una vez hizo titubear a la veleidosa fortuna, fue vencido por circunstancias que no son del caso referir, hecho prisionero y fusilado el día mismo del combate.

Al participar a vuestra excelencia [V. E.] tan triste acontecimiento, por acuerdo del excelentísimo señor presidente constitucional, para que se sirva dar cuenta al Soberano Congreso de la Unión, cumple a mi deber manifestarle el justo y profundo sentimiento que ha causado en todo el gabinete la irreparable pérdida de uno de los campeones más ilustres del partido liberal. La sacrosanta causa de la filosofía y de la razón ha visto descender a la tumba a otra de sus más firmes lumbreras; la nación ha

perdido otro de sus hijos predilectos; las armas liberales a uno de sus más esforzados caudillos y el pueblo a su más decidido defensor.

El excelentísimo señor presidente, en medio de la amargura que destroza su corazón, se propone dictar medidas enérgicas que den por resultado el pronto y ejemplar castigo de los asesinos y, ya que es de todo punto irremediable la pérdida que lamentamos, tiene el consuelo de que la historia, al apoderarse del ciudadano general Valle, consignará en sus páginas las virtudes que lo distinguían, para presentarlo a la posteridad como al modelo de los hombres grandes, honrados y valientes.

Renuevo a VV. EE. las protestas de mi consideración y distinguido aprecio.

Dios, Libertad y Reforma. México, junio 25 de 1861.

Ignacio Zaragoza

ORACIÓN FÚNEBRE PRONUNCIADA
EN EL PANTEÓN DE SAN FERNANDO,
POR EL SEÑOR DIPUTADO DON VICENTE RIVA PALACIO,
EN OCASIÓN DEL SEPELIO DE LEANDRO VALLE

Amigo, te felicitamos por haber dado hasta el último aliento de tu boca, hasta el último latido de tu corazón a tu fe republicana. Te felicitamos por haber sufrido; te felicitamos por haber muerto.

Víctor Hugo

Señores:

Sobre la tumba de los mártires de la libertad, los hijos de la democracia depositan las coronas del triunfo y los laureles de los vencedores.

El recuerdo de los que mueren por la causa del pueblo y de la Reforma, piden el canto de la victoria y las oraciones de los héroes. Venimos a dar el último ¡adiós! a un hombre que, en la flor de su edad, a la vista de un porvenir glorioso y lleno de virtudes cívicas, ha desaparecido de entre nosotros y va a encerrarse para siempre en esa fosa que le abrió el odio sangriento y el terrible despecho de los asesinos de Tacubaya.

Hijo del pueblo, vivía en la oscuridad de su honradez y nada anunciaba en él la gloria que debía perpetuar su nombre, ni el genio que lo había de elevar al nivel de los hombres ilustres de la historia. Pero llegó otro tiempo. El soplo de la revolución agitó nuestros campos y nuestras ciudades. La nación se levantó como un solo hombre para conquistar la libertad y la Reforma y, después de una sangrienta lucha,

último esfuerzo del partido conservador, el pendón de la democracia flameó triunfante sobre los palacios de Cortés y Moctezuma. En medio de esta tempestad, en medio de ese torbellino revolucionario, apareció Valle marchando al combate, siempre alegre siempre lleno de fe por el triunfo de los principios democráticos. Más de una vez la victoria coronó sus esfuerzos y formó con sus alas una égida sobre el pecho de Leandro. Su nombre sonó por todos los ángulos de la República y en la triunfal entrada del ejército de la libertad en la capital misma, los hombres y las mujeres y los niños buscaban con avidez y señalaban con entusiasmo al joven y modesto general que recibía con la sonrisa en los labios y radiante de felicidad, los frenéticos aplausos de la multitud, la lluvia de flores y de coronas que caían sobre su cabeza y le servían de alfombra.

¿Quién hubiera entonces previsto que antes de seis meses esa misma multitud que lo vitoreaba, vendría silenciosa y meditabunda a acompañarlo, en fúnebre cortejo, a la mansión del eterno descanso?

El pueblo lo nombra su representante. Su voz enérgica vibró en el santuario de las leyes como el postrer "adiós" a sus conciudadanos y, empuñando otra vez las armas, se presentó esclavo de su deber a recibir el último suplicio entre las sombrías arboledas del Monte de las Cruces.

Tal es la suerte de todos los hombres que han combatido por la humanidad, por el progreso y por la civilización. La suerte de los reformadores ha sido siempre la misma. El cadalso tras la victoria; el sacrificio después del triunfo. En esa inmensa pléyade de los apóstoles de la democracia, la historia va a contar desde hoy en adelante al joven mártir del Monte de las Cruces y, su sangre vertida sobre ese suelo húmedo aún con la sangre de Degollado, es el holocausto más santo, más aceptable a los ojos de esa divinidad que preside la marcha de las naciones y que ha marcado el camino de la humanidad. El cadalso de Leandro se ha levantado sobre esos montes santificados por la sangre de los héroes de la independencia y Valle ha muerto también, como aquéllos, bajo el golpe rudo de los miserables sectarios del fanatismo y de la inquisición.

Se ha querido agregar la infamia al asesinato, se ha querido, por esos miserables que enarbolan hipócritamente la bandera de la religión,

cubrir la memoria del héroe con el manto del criminal. Pero se han engañado. La nación entera, el mundo todo, al saber este horrible acontecimiento, lanzan un grito de indignación y los esfuerzos de Márquez por manchar la memoria del mártir, serán tan impotentes como los del hombre que intentara apagar el resplandor del sol, lanzando al cielo un puñado de arena.

Cuando considero, señores, el cadáver de Leandro pendiente a un árbol, como el de un facineroso, despojado de sus vestidos y expuesto a la burla de una soldadesca desenfrenada; cuando recuerdo ese cadáver cubierto de sangre, con el cráneo despedazado, el cerebro hueco, la boca sangrienta y los ojos entreabiertos, pero sin brillo ni luz, con los brazos en la horrible posición en que fue suspendido, entonces la sangre se agolpa a mi corazón, mis nervios se estremecen, se me eriza el cabello, se me embarga la voz y siento que de mi pecho se escapa un rugido de venganza y maldición; señores, el que no sienta hervir la sangre en sus venas, cuando hiera su imaginación esta terrible idea, ése no es mexicano, ése no es hombre. Siento, señores, que un vértigo se apodera de mi al dirigiros en este momento la palabra; porque creo que estos terribles asesinatos se han cometido para intimidarnos; porque esa falange de monstruos que enarbolan aún y se agrupan en derredor de los sangrientos girones de la bandera reaccionaria, han soñado ahogar en sangre la idea de la libertad; han soñado levantar sobre un montón de cadáveres y sobre las humeantes ruinas de nuestros pueblos el trono del fanatismo. Y, semejantes a la serpiente, quieren fascinar con el brillo infernal de sus hazañas a las víctimas, para devorarlas sin resistencia. Pero se engañan. Cada uno de nosotros ha visto la suerte que le espera en el combate a que se ha lanzado. Cada uno de nosotros tiene ya designado un lugar en ese inmerso cadalso en que pretende convertirse a la República.

Y, sin embargo, señores, honor al partido liberal; ninguno de nosotros ha titubeado, ninguno de nosotros ha sentido disminuirse el recio latido del corazón, al contemplar los asesinatos cometidos por los enemigos de la humanidad. Por eso, señores, sobre la tumba del mártir entonamos el grito de la victoria y por eso la sangre de la nueva víctima

es el germen arrojado en el suelo feraz de los trópicos que hace brotar, bajo el ardiente sol de la libertad, nuevos campeones, más entusiastas aun que el que acaba de sucumbir, regenerados por el bautismo de su sangre.

En el cadalso de Leandro Valle está el apogeo de su fama y la primera sombra de la eternidad ha sido para nuestro hermano la alborada de su gloria. ¿Qué tiene que envidiar suspendido de un árbol, mecido por el huracán, iluminado por el relámpago y acompañado sólo por las fieras que le acechaban para devorar su cadáver y por las aves de rapiña que formaban eternos círculos en torno de su despedazada frente? ¿Qué tiene que envidiar, repito, a esos hombres a quienes la antigua Roma levantaba estatuas, a esos hombres a quienes la moderna Francia dedica suntuosos monumentos? La hoguera de Juana de Arco y de Juan de Huss, los tormentos de Hugo Bassí y el cadalso de Kart-Sand, han sido levantados por la misma mano que hirió a Valle, por esa mano que armó el brazo de Ravaillac y de Jacobo Clemente, que impulsó a Carlos X y a Catalina de Médicis al espantoso San Barthelemy; que inició a Luis XIV sus sangrientas dragonadas.

El fanatismo es el monstruo insaciable que hizo perecer sobre las escarpadas cumbres del calvario al Redentor de la humanidad, en cuyo nombre vilmente invocado, se tala, se incendia y se asesina entre nosotros, sin recordar siquiera que ese Dios que proclaman, que esa religión que profanan, que esa doctrina que envilecen, es la doctrina de la libertad, de la igualdad, de la fraternidad; es la doctrina de la civilización y de la democracia; es la doctrina, es el Dios que bendicen a Valle, que reciben su espíritu y que lanzan sobre sus asesinos una terrible maldición que se cierne sobre sus cabezas como una tempestad. Ese cadalso es la gloria. ¿No oís, señores, entre nosotros llegar el espíritu de Valle; no le sentís flotar a vuestro lado? Siento el batir de sus alas sobre mi frente. "Valor, hermano mío, me dice, mi sangre no sea estéril, no cubra el olvido mi sacrificio. Detén esas lágrimas que vienen a tus ojos, soy feliz y el porvenir de mi patria oculto antes a mis miradas, ha recorrido su velo y ese porvenir es bello y brillante y el día de la felicidad está cercano".

Sí, espíritu de nuestro amigo, de nuestro hermano, nosotros te saludamos aquí, en el borde de tu fosa, cuando el inmenso velo de la eternidad va a atravesarse entre nosotros, cuando nuestros ojos te buscan en vano, cuando nuestros brazos se agitan en el vacío, buscándote para estrecharte contra nuestro corazón, cuando creemos verte aparecer a cada momento y creemos escuchar el sonido de tu voz entre el rumor del viento que agita las malezas del cementerio; aquí venimos a darte el último "adiós". Ya no te veremos. Ya tu memoria será un puñal para nosotros y ¡oh!, si pudiéramos acompañarte más adelante, cómo avanzaríamos gustosos por ese misterioso camino que ahora sigues. Pero tu recuerdo será eterno, porque has muerto por el pueblo y por la libertad. Feliz tú, cuya muerte ha sido la apoteosis de tu vida; por eso nosotros, pobres soldados de la libertad, confesores de la doctrina democrática, al escuchar el ruido de la losa que cierra tu sepulcro, te gritamos desde el fondo de nuestros corazones, con toda la fuerza de nuestro espíritu, con toda la fe de nuestras convicciones: hermano, amigo, nosotros te felicitamos por haber dado a tu fe republicana hasta el último aliento de tu vida, hasta el último latido de tu corazón. ¡Te felicitamos por haber sufrido, te felicitamos por haber muerto. . .!

Dije.

(Junio 29 de 1861)

(Vicente Riva Palacio)

EL CONGRESO DECLARA BENEMÉRITO DE LA PATRIA
AL CIUDADANO SANTOS DEGOLLADO

El excelentísimo señor Presidente Constitucional de la República se ha servido dirigirme el decreto que sigue:

Benito Juárez, Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, a sus habitantes, sabed:

Que el Congreso de la Unión, ha tenido a bien decretar lo siguiente:

Artículo único.- Se declara Benemérito de la Patria al ilustre ciudadano Santos Degollado.

Dado en el salón de sesiones del Congreso de la Unión, en México, a 3 de julio de 1861.

José Linares
Diputado presidente

J. Napoleón Saborio
Diputado secretario

Guillermo Valle
Diputado secretario

Por tanto, mando se imprima, publique y circule a quienes corresponda.

Palacio Nacional de México, agosto 31 de 1861.

Benito Juárez

Al ciudadano Joaquín Ruiz, ministro de Justicia, encargado del despacho de Gobernación.

Y lo comunico a usted para su inteligencia y fines consiguientes.
Dios y Libertad. México, etc.

(Joaquín) Ruiz

EMOTIVA ORACIÓN FÚNEBRE DE ZARCO EN EL HOMENAJE A SANTOS DEGOLLADO

Venimos, señores, con el dolor en el alma y con la indignación en el corazón, a tributar el último homenaje de respeto al ilustre ciudadano que, después de haber sido la más pura, la más noble personificación de la revolución progresista, en todas sus magníficas y humanitarias aspiraciones, apuró hasta las heces, como recompensa de su constancia y de sus sacrificios, la copa de la amargura que, a manos llenas, le ofrecieron la envidia y la ingratitud y que, a pesar de esto, voló ansioso al martirio, presintiendo su trágico fin, dispuesto a ofrecer su sangre generosa a la causa del pueblo y a legarnos el ejemplo de su virtud extraordinaria.

Triste y desgarradora es la misión que hace días nos toca desempeñar de recoger del campo de batalla los cuerpos destrozados de nuestros hermanos y de nuestros caudillos, sacrificados por viles asesinos y ahora no tenemos ni ese amargo consuelo. . . El cadáver de Degollado no ha podido ser traído a esta capital a reposar junto a los de Ocampo y Valle para aumentar este tesoro de reliquias que vamos acumulando como monumento de los estragos de la guerra civil.

El horrible acontecimiento que hoy venimos a deplorar ha sido ya considerado como una calamidad nacional, como un duelo público, como una pérdida acaso irreparable, no sólo para esta nación desventurada, sino para la causa del progreso y de la libertad. No hay en esta fúnebre ceremonia una vana pompa oficial, no consagramos a los despojos de un grande de la tierra, estudiadas y frívolas manifestaciones de duelo, que hagan más patente la nada y la miseria del tránsito del hombre por este mundo. No, la ceremonia de hoy no es más que un eco débil de la consternación que el funesto acontecimiento ha difundido en toda la República. El llanto ha asomado a todos los ojos, la congoja ha oprimido

todos los corazones al saber la muerte de Degollado y nuestros conciudadanos no sólo han llorado al soldado del pueblo, al caudillo de la Reforma, al demócrata sincero, sino que los ha constrictado la consideración del porvenir. Si por una de esas pruebas terribles por que pasan los pueblos está decretado que sucumba la libertad, que una vez más se entronice el despotismo y que sea necesario acometer una lucha desigual y desventajosa para derribar a los opresores ¿dónde encontraremos, nos hemos preguntado todos, un hombre cuya constancia valga por legiones, cuya virtud y cuya moralidad purifiquen la revolución, cuyo valor sea indomable y cuyos mismos desastres e infortunios sirvan sólo para desarrollar y aumentar su fortaleza, haciendo viva e inextinguible la fe en la causa de la justicia y de la libertad? ¿Nos concederá la Providencia otro patricio, otro héroe como Degollado el día en que, perdidas por nuestras discordias las conquistas del progreso, tengamos que combatir para volverlas a alcanzar? He aquí la duda que ha asaltado a todos los espíritus, he aquí la penosa incertidumbre con que la muerte de Degollado ha venido a oscurecer el porvenir, porque sabíamos todos que mientras él tuviera aliento, sería imposible la restauración tranquila del brutal dominio de la facción reaccionaria.

Si Degollado nos hubiera sido arrebatado en circunstancias normales, si en su modesto hogar hubiera expirado bendiciendo a sus hijos y a sus conciudadanos, el mismo duelo experimentarían los mexicanos, aun cuando vieran ya consolidadas las instituciones y afirmado el edificio de la Reforma; pero los momentos en que sufrimos esta pérdida y los incidentes que la han acompañado, la hacen mil veces más sensible, mil veces más dolorosa, mil veces más deplorable. . .

Si hubiera sucumbido en el combate, lloraríamos su muerte y honraríamos su memoria, pero ha muerto asesinado por los enemigos de la sociedad, su vida fue respetada por las balas y, cuando la reacción pudo lavar sus manchas, mostrándose una vez sola, humana y magnánima y honrándose con salvar a Degollado, los sicarios, que sólo respiran sangre, odio y venganza, lo asesinaron fría y cobardemente. . . Esto, señores, produce en todos los pechos un hondo sentimiento de indignación que clama, no venganza, sino justicia, justicia inexorable que

purgue a nuestra patria de monstruos que la deshonran ante el mundo, justicia severa e inflexible que salve a este pueblo de la anarquía, de la servidumbre y del vilipendio.

Y cuando se reflexiona que este crimen se ha perpetrado en nombre de la religión del Crucificado, que en la cumbre del Gólgota perdonaba a sus verdugos; cuando se medita que la guerra salvaje que hoy se hace a la sociedad, el robo, el incendio y el asesinato, son los medios del partido que defiende las preeminencias y las riquezas del clero, el predominio del fanatismo y de la superstición, la opresión de la conciencia y la esclavitud de las almas; cuando se sabe que estas sangrientas catástrofes son aconsejadas y sugeridas en nombre de Dios y celebradas después en los conciliábulos reaccionarios que se regocijan primero con la muerte y después con la esperanza de que los caudillos del pueblo sean atormentados en la otra vida, tentados nos viéramos a exclamar como Lucrecio, *¡Tantum religio potuit suadere malorum!* si no tuviéramos fe en Dios, si no sintiéramos en lo íntimo del alma la revelación misteriosa de su bondad y de su misericordia infinitas, si no supiéramos que el cristianismo es un dogma de libertad y no comprendiéramos que son sacrílegos, blasfemos e impostores los que quieren hacer de Cristo un ídolo pagano, sediento de sangre y lleno de crímenes. . . No, mil veces no, no está Cristo en antagonismo con la libertad, no es la palabra del Mesías la negación del progreso y de la Reforma; en contra de la libertad, en contra de la igualdad, en contra de la fraternidad están hoy, como estaban hace 18 siglos los escribas y los fariseos y los sacerdotes impostores, ávidos de oro y de poder, a quienes Cristo arrojó del templo como a viles mercaderes.

Señores, en este momento de profunda emoción y de sombrías inquietudes, ni mi espíritu puede detenerse en reunir, ni el vuestro en escuchar, detalles biográficos del grande hombre que acabamos de perder, detalles que, por otra parte, se acumulan para engrandecer inútilmente las figuras históricas que no tienen por sí mismas un carácter completo, un tipo de verdadera grandiosidad. Por fortuna el carácter de Degollado no necesita de romancescos episodios para aparecer ante la posteridad con rasgos deslumbrantes de virtud y de nobleza y ocupar un

lugar prominente entre los héroes y los mártires. Era un hombre superior a su época, no sólo por su espíritu y por su fe en el progreso de la humanidad, sino por sus austeras virtudes y su admirable abnegación. Para él no era el sacrificio un esfuerzo, sino un estricto deber. Esta tendencia, esta buena voluntad al sacrificio, la constancia con que lo buscaba, la serenidad con que lo aceptaba, forman el tipo de su carácter y lo enaltece sobre sus contemporáneos, haciéndolo digno de figurar entre los varones de Plutarco, pues empapado en el espíritu moderno del progreso, su corazón era el del patriota antiguo de los mejores días de Roma o de Grecia, confundiéndose en él, los caracteres del héroe espartano, del filósofo cristiano y del inteligente obrero de la civilización. De cada época notable en los anales del mundo, parecía tener la cualidad más bella y más estimable; poseía la virtud y el patriotismo del héroe de la Antigüedad, los sentimientos hidalgos y caballerescos de la Edad Media, la fe del apóstol y del mártir, las virtudes serenas y apacibles del gran fundador de la independencia americana, la adhesión al progreso, el amor a la civilización y a la libertad y la filantropía de nuestro siglo.

Degollado no necesita el frío homenaje de los elogios académicos; su nombre, que sonó en el estruendo de las revoluciones y en medio de los desastres de la guerra civil, simboliza la moralidad, la virtud, el sacrificio. Este nombre, que pronunciarán con veneración nuestros pósteros en las más remotas generaciones, será la mejor purificación y la más santa justificación de la causa de la libertad y de la Reforma. La historia declarará un día que una causa defendida por un hombre como Degollado, debía ser por precisión justa, santa, inmaculada, regeneradora.

Guerrero, no iba en pos del humo de la gloria; gobernante, no buscaba en el acierto el néctar embriagador de la popularidad; magistrado, no aspiraba a la fama; legislador no procuraba agitaciones ni mendigaba aplausos, halagando las pasiones del momento; escritor y hombre de estudio, su insaciable sed de conocimientos no tenía por objeto ostentar rica erudición; donde quiera que la suerte lo colocase, en el campo de batalla, en la tribuna, en la prensa, en la magistratura, un solo sentimiento lo dominaba, el sentimiento del deber; una sola pasión lo conmovía, el amor a la patria y a la humanidad; pasión austera,

elevada, generosa, que daba el temple a su alma, toda amor y ternura, toda abnegación y desinterés.

Gustoso sacrificó su vida a lo que era para él, estricto deber; antes había estado dispuesto a sacrificar algo más que la vida, su reputación inmaculada, la gloria y el honor de su nombre y es en verdad notable que cuando él se sentaba en el banquillo del acusado proclamándose reo, cuando él mismo se comparaba con un criminal y formulaba los cargos que podían hacérsele, lo absolvía unánimemente la conciencia pública y lo que él consideraba como una falla, lo engrandecía a los ojos del mundo entero.

La gloria militar que es tan costosa para los pueblos, puede inflamar el corazón del guerrero y lanzarlo a grandes empresas. Sin embargo, en esa exaltación del espíritu causada por la victoria, se ve algo que está en la naturaleza humana y en que a la ambición y a la sed de mando pueden mezclarse sentimientos elevados en favor de la patria y de la humanidad. Pero hay más grandeza moral, más elevación de alma en la constancia del soldado que lucha sin recoger los lauros de la victoria y que persevera en medio de los más terribles desastres. Degollado ha realizado aquel grande espectáculo que era el bello ideal de la filosofía antigua: "El hombre luchando sin desfallecer contra el peso de la adversidad". Y lo más admirable de su perseverancia consistía en que no lo animaba la menor idea de engrandecimiento personal, ni la más ligera ambición, pues no tenía ni siquiera la de la gloria. Si cada desastre redoblaba su constancia, si cada derrota lo estimulaba a intentar nuevos esfuerzos, si no hubo desdicha que lo desalentara; todo lo que deseaba era volver a la vida privada y poder contemplar el espectáculo de la libertad y prosperidad de un pueblo entero, sin pedirle ni honores ni recompensas.

Así lo vimos, después de la revolución de Ayutla y de haber regido los destinos de uno de nuestros más ricos y poderosos estados, venir a refugiarse en la oscuridad y, entonces, sea dicho en su honor, ya que estos ejemplos de probidad van siendo raros, después de haber luchado cuerpo a cuerpo con inveterados abusos, tuvo días de verdadera indigencia.

En la guerra contra la tiranía de Santa Anna prestó servicios muy distinguidos moralizando la revolución y a la hora del triunfo se eclipsó por sí solo, abandonando a sus émulos la gloria que había alcanzado. Como gobernador de Jalisco emprendió la obra de corregir graves desmanes y tuvo energía para cortar un mal ante el que, tímidos, se habían detenido nuestros gobiernos. Vióse envuelto en una ruidosa cuestión en que su nombre fue el blanco de acalorados detractores, de esos bravos de la pluma que venden al mejor postor la hiel que pueden destilar, aunque sepan que van a arrojarla sobre los más honrosos timbres del país. . . Sujetóse a un juicio en que triunfó de sus enemigos y cuando pudo volver reproche por reproche y enorgullecerse de su victoria contra la inmoralidad y contra el fraude, llevó su abnegación no sólo hasta guardar silencio y no dar publicidad a su defensa, sino hasta aceptar un nuevo juicio, hasta correr el riesgo de un fallo desfavorable para librar de embarazos a un gobierno que le había sido hostil y salvar al país de dificultades internacionales. ¡Sacrificio admirable que no es el único que se cuenta en su vida!

En el Congreso constituyente fue apóstol de la libertad, de la tolerancia, del progreso; había estudiado no sólo en los libros sino en el hombre; se había condolido de los infortunios del pueblo; había visto de cerca la fatal organización de los enemigos de toda luz que para dominar a autómatas, comienzan por aletargar la inteligencia y fue de los que con la fe de Ocampo y de Lerdo, intentaron derribar ese coloso que oprimía los espíritus y esquilma al pueblo mexicano. Degollado tiene la gloria no sólo del valor militar y de la serenidad en el combate, tiene la gloria del valor civil y de la firmeza en las ideas progresistas.

Hizo cuanto pudo por evitar discordias en el partido liberal, no omitió sacrificios personales por lograr su unión sincera, no omitió consejos ni advertencias y cuando vio que Comonfort se deslizaba por un abismo, lloró su falta como una cruel decepción y fue el primero que el día mismo del golpe de Estado, voló a organizar la resistencia nacional contra la facción de Tacubaya. Gobernador a la sazón de Michoacán que tiene el honor de contarle en la brillante pléyade de sus hijos, allí fue

donde dio la voz de alarma a los estados y donde comenzó a acumular elementos militares.

Vencida la coalición, tomó el mando del ejército federal y tres años de combates, tres años de sufrimientos, tres años de terribles vicisitudes no doblegaron su constancia ni cambiaron su fe imperturbable ni después de los desastres ni en los instantes de la victoria. Recorrió la República entera, atravesó los mares, tomó parte en los consejos del gabinete, impulsó la expedición de las Leyes de Reforma que fueron el credo y el arma del partido progresista y siguió constante en la lucha, teniendo que dejar el mando cuando la victoria comenzó a sonreír a la causa del pueblo.

Su separación del ejército debió tener aquella tristeza solemne de la muerte de Moisés, expirante cuando creía llegar a descubrir la tierra prometida.

Degollado en la guerra, en la victoria, trabajaba por la paz, anhelaba la regeneración de la República y la reconciliación de los mexicanos. Por eso, después del triunfo, ofrecía la oliva a los vencidos, por eso era magnánimo y sincero en el triunfo y no exigía sangre por sangre. ¡A cuántos prisioneros salvó, a cuántos de sus encarnizados enemigos dio la vida y la libertad!

Sus culpas fueron haber querido esta reconciliación y haber dado al ejército federal los medios con que aceleró su marcha y su completa victoria en esta capital. Es preciso decirlo, sin los desastres de Degollado, no habríamos llegado a los triunfos de Loma Alta y de Silao, de Peñuelas y de Calpulalpan. Sin Degollado no contaríamos con los afortunados caudillos que son hoy la esperanza de la Reforma.

Cuando Degollado esperaba un juicio que lo depurara de las pretendidas culpas que hemos señalado, sobrevino el asesinato de Ocampo y resuenan todavía en nuestros oídos sus nobles acentos pronunciados en el seno de la representación nacional: "Quiero combatir, quiero morir", clamó en aquella sesión memorable y, a pocos días, había combatido y había muerto. Había llenado su sublime misión sobre la tierra.

No acudió a las armas por un sentimiento de venganza que no cabía en su noble corazón; voló a la muerte sereno e impassible. . . Quiso poner coto a nuestras discordias, dar un ejemplo de abnegación, excitar al partido liberal a la unión que ha de darle fuerza para vencer y se resignó a ir a derramar su sangre, esperando que su sacrificio no fuera estéril para la patria.

Al recordar, señores, tanta virtud, tanto merecimiento, tanta heroicidad y tanto sacrificio, no frustremos las esperanzas que lo hicieron aceptar la muerte... No sea vana esta ceremonia, no sea esta fúnebre pompa una manifestación de duelo que no deje útiles lecciones, ni inspire sentimientos dignos del héroe cuya pérdida deplora la humanidad.

Cuando la duda agita y entristece los espíritus, cuando parece que vacila la obra de la Reforma, cuando se entibia la fe, encontramos, en la vida y en la muerte de Degollado, un ejemplo qué seguir, una enseñanza provechosa y patriótica. ¡Que no sea estéril tan costoso sacrificio, que no se pierdan las lecciones que nos lega este mártir ilustre!

Unámonos en torno de la Reforma y de las instituciones libres porque ha combatido el pueblo mexicano y no defraudemos el legado de Degollado, de Ocampo, de Lerdo, de los apóstoles todos del progreso y de la civilización. Cesen de una vez nuestras divisiones, unidos triunfaremos, exterminaremos a la reacción, a esa escoria inmundada que queda de una facción inmoral manchada con todos los crímenes y elevaremos a México a un grado de prosperidad y de progreso que le granjee las simpatías fraternales de todos los pueblos de la tierra. Unión, abnegación, desinterés, fe en el porvenir y es nuestra la victoria. . .

En los campos de batalla, cuando quedan vacíos en las filas, cuando la metralla diezma los batallones, los ejércitos no se dispersan en gavillas, se estrechan más y más, así llenan sus huecos, forman cuadros compactos y columnas cerradas y, sólo así, obtienen los lauros de la victoria. Ante las pérdidas que hemos sufrido, al ver los vacíos que quedan en el partido progresista, no nos desunamos más, estrechémonos con sinceridad y nuestra unión será la fuerza, será el triunfo; triunfo no de este o aquel interés, no de este o aquel individuo, sino triunfo de las

ideas y de los principios, de la justicia y de la libertad, del progreso y de la civilización.

Este es el solo homenaje, que ofrecer podamos a la víctima, digno del pueblo mexicano y digno del eminente ciudadano Degollado.

En las monarquías, para expresar la estabilidad del trono, se anunciaba la muerte de los déspotas, gritando: "¡El Rey ha muerto! ¡Viva el Rey!". Aquí, señores, los demócratas, los hijos del pueblo, los obreros de la Reforma, al llorar por nuestros caudillos, al venerar su memoria, simbolicemos lo duradero de las instituciones diciendo: "¡Ha muerto Degollado! ¡Viva la libertad! ¡Viva la Reforma!"

Dije.

(México, 9 de agosto de 1861)

ZULOAGA INSISTE, MUCHOS AÑOS DESPUÉS,
QUE MÁRQUEZ ES EL RESPONSABLE
DEL ASESINATO DE OCAMPO

México, Casa de usted, septiembre 1º de 1891

Señor director del partido liberal

Muy señor mío:

En el diario de usted de hoy, he leído un manifiesto de don Leonardo Márquez, fechado en La Habana el 5 de agosto último. Se contrae a defenderse de lo que se dijo contra él hace dos años en los periódicos de esta capital, con relación al fusilamiento del señor Ocampo y se refiere a las noticias que yo he dado acerca de ese suceso.

Está en un error el señor Márquez, creyendo o suponiendo que en esto he obrado por pasión en contra suya. Yo nada he dicho ni publicado espontáneamente; varios señores reporteros de periódicos me interrogaron con instancia, y a esto sólo se debió que yo hablara, haciendo las explicaciones de los hechos conforme a lo que recuerdo me consta. Me llena ahora de cargos y de insultos el señor Márquez, pero del contexto mismo de su escrito se desprenden estos dos conceptos:

1º- Se aprehendió al señor Ocampo sin orden mía y aun sin mi conocimiento.

2º- Se fusiló al señor Ocampo sin orden mía y aun sin mi conocimiento.

Esto es bastante para mi completa vindicación.

Por lo demás, relevo al más absoluto desprecio los insultos y las calumnias de Márquez, que viniendo de semejante personaje ningún daño me hacen, ni me manchan siquiera. La sociedad y la nación entera nos conocen a uno y otro; pública ha sido la historia de ambos y yo me atengo a la opinión que de mi persona y de mis actos esté formada, seguro como estoy, por otra parte, de que nadie dará crédito al cúmulo de inexactitudes y falsedades contenidas en el tardío y extravagante manifiesto citado.

Soy de usted atento servidor.

Félix Zuloaga

MICHOACÁN INCORPORA EL APELLIDO DE OCAMPO AL NOMBRE DE LA ENTIDAD

El gobernador del estado de Michoacán a todos sus habitantes sabed: que el Congreso del mismo estado ha decretado lo que sigue:

El Congreso de Michoacán decreta:

Artículo 1º- Se declara al ciudadano Melchor Ocampo, Benemérito del estado.

Artículo 2º- El de Michoacán llevará desde la fecha de esta ley, el nombre de "Estado de Michoacán de Ocampo".

Artículo 3º- El retrato del ciudadano Melchor Ocampo se colocará en todas las oficinas públicas del estado.

Artículo 4º- El ayuntamiento de la capital mandará construir una estatua colocal, de bronce, que represente al ciudadano Melchor Ocampo y que será colocada en la plaza de San Juan de Dios de esta ciudad.

Artículo 5º - Todos los batallones de guardia nacional que en lo sucesivo se organicen en Michoacán, llevarán el nombre de Ocampo.

Artículo 6º- El estado condona a la familia del ciudadano Melchor Ocampo los capitales que reconoce al Colegio de San Nicolás de Hidalgo de esta ciudad, la Hacienda de Pomoca.

Artículo 7º- Se declara día de luto para el estado el día 3 de junio, en que, anualmente, se harán honras fúnebres cívicas a la tierna memoria del ciudadano Melchor Ocampo, quedando facultado el gobierno para que reglamente la solemnidad.

El Ejecutivo del estado dispondrá se publique, circule y observe.

Antonio P. Mota
Diputado presidente

Carlos G. Urueña
Diputado secretario

Carlos Garibay
Diputado secretario

Por tanto, mando se imprima, publique, circule y se le dé el debido cumplimiento.

Palacio de Gobierno del Estado.

Morelia, junio 17 de 1861.

Epitacio Huerta

Francisco Figueroa
Secretario